

CAPÍTULO VI

“EN EL PAÍS DE LOS CIEGOS EL TUERTO ES REY”: FUNDACIÓN JUNTO CON LAS NIÑAS Y LOS NIÑOS

Este capítulo se propone describir el subprograma dirigido a los niños que viven en la calle de la Fundación Junto con las Niñas y los Niños, A.C. (JUCONI). Al igual que en los dos capítulos anteriores, esto se realiza a partir de las entrevistas con el personal que trabaja dentro y fuera del subprograma, de los documentos elaborados por la fundación y de las observaciones realizadas durante siete meses (desde finales de septiembre del 2005 hasta finales de abril del 2006) al interior del subprograma.

El ingreso al subprograma fue un poco más estandarizado que en el caso del DIF Municipal. El contacto inicial se realizó a partir del entonces director de procuración de fondos de JUCONI, a quien contacté gracias a una conocida que trabaja en la Red por la Infancia, a la cual está suscrita la fundación. El director me dirigió con la coordinadora de voluntarios de la fundación, quien, después de una breve entrevista y con base en la distribución de voluntarios dentro de los diferentes programas de la fundación en ese momento, me propuso colaborar en la Casa JUCONI, sede del subprograma que atiende a niños que viven en la calle. Posteriormente, me proporcionó una copia del reglamento para voluntarios, el cual definía los términos y las condiciones del trabajo con los niños.

El reglamento es muy detallado y bastante restrictivo, lo que confirmó mi impresión inicial de que quienes trabajan en la fundación son extremadamente cautos en el trato con los niños. Esto se ve reflejado en cuestiones como su política para tomar fotos de los mismos, el tipo de conversaciones y la conducta adecuada e inadecuada a mantener con los menores, así como el compromiso de reportar cualquier conducta

extraña o abusiva entre los niños o entre los educadores y los niños. Una vez leído el reglamento, tuve que llenar una hoja de voluntarios en donde debía anotar mis datos personales, así como las habilidades que podrían ser de utilidad a la fundación.

Durante los siete meses de mi desempeño como voluntaria, trabajé con uno de los niños más pequeños de la Casa JUCONI, ayudándolo a hacer las tareas de matemáticas o español que le daban las educadoras; a veces también hacíamos manualidades o jugábamos. Cuando era necesario, hacía otras actividades con los demás niños, las cuales incluían ayudarlos con sus tareas escolares, supervisar algún juego de fútbol, acompañarlos a comprar tortillas o a consulta con el doctor. De vez en cuando participaba en otras actividades de la fundación como apoyar en la traducción de manuales o participar en la jornada de médicos estadounidenses que visitaron el centro JUCONI en la primavera del 2006.

Al igual que en el programa del DIF Municipal, las principales dificultades para realizar el trabajo de campo se debieron a que era la primera vez que trabajaba con una población de menores en situación de calle, en donde los problemas disciplinarios eran comunes. A pesar de que la población de la Casa JUCONI se mantuvo constante — alrededor de 20 menores—, no pude tener contacto con todos ellos; de igual forma, debido a que se encontraban dentro de la Casa JUCONI la mayor parte del tiempo, fue imposible hacer observaciones de los menores fuera de la misma.

Por otra parte, había ocasiones en donde me sentía incómoda desde mi posición como voluntaria, pues percibía que no me otorgaba la autoridad suficiente para que los chicos me hicieran caso y se portaran bien. También hubo un momento importante de frustración ante la imposibilidad de realizar entrevistas con los menores, especialmente después de haberlo hecho con aquellos del programa del DIF. Sin embargo, esto me permitió ahondar más en la manera en que son percibidos los menores de uno y otro programa, estableciendo un paralelismo entre un programa público, que atiende a niños “públicos” y un programa privado, en donde los niños son más “privados”, en el sentido del tipo de acceso que una investigadora puede tener a ellos. De igual manera, esto

sirvió como base para reflexionar acerca de la tarea que realizamos como antropólogos y el tipo de compromiso que establecemos con nuestros informantes. Regresaremos a esto en el capítulo siete.

Habiendo dicho esto, en el presente capítulo se presenta, como punto de partida, a la Fundación JUCONI en general, a modo de contextualizar el subprograma dirigido a los niños que viven en la calle. Posteriormente, se describe el subprograma “niño de la calle” a partir de los discursos, prácticas y documentos escritos para conocer las percepciones de los trabajadores con respecto a esta población. De igual manera, se incluye una caracterización de seis de los menores beneficiarios a partir de la revisión de expedientes elaborados por el personal de JUCONI y de la información obtenida de la página de Internet de la fundación.

Fundación Junto con las Niñas y los Niños

En junio del 2006 se llevó a cabo una reunión de inducción para voluntarias, voluntarios y prestadores de servicio social de JUCONI, orientada a dar a conocer la historia de la fundación, sus “valores, convicciones y principios”, la población beneficiada y el trabajo sobre trauma con los menores. En ella, Ramón Guzmán, el director operativo —quien lleva 16 años trabajando en la fundación— dio a conocer la historia de JUCONI: “17 años en 20 minutos”, la cual se resume a continuación (las palabras textuales de Ramón van entre comillas):

En 1988 dos editores británicos se encontraban de vacaciones en Cancún y compraron un billete de lotería que resultó ser el ganador. Debido a que les había llamado la atención ver a tantos niños pidiendo dinero o vendiendo “chucherías” en la playa, “afortunadamente” entregaron el dinero a la embajada británica en México para que se aplicara en el país. Entonces, la embajada le encargó a Sarah Thomas de Benítez, quien en ese entonces era una diplomática británica en México, realizar una investigación para decidir cómo y en dónde aplicar ese recurso. Sarah visitó varios

lugares de la república y, finalmente, recomendó destinar el dinero a una propuesta que estaban haciendo dos organizaciones en Puebla: el Instituto Poblano de Readaptación, A.C. (IPODERAC) y el Ipanti (palabra en náhuatl que significa “cumplir nuestra meta”).

En Ipanti trabajaba Gabriel Benítez, cofundador de JUCONI, quien quería hacer una propuesta seria de trabajo con menores en situación de calle que se alejara de ideas “como las del padre Chinchachoma”, que eran de corte asistencialista y poco sistemático, pues ofrecían: “cama, comida y escuela para trabajar con esta población”. Junto con la fundación Fuad Abed Halabi (ahora desaparecida) elaboraron un proyecto que se llamó “caminando con los niños” y a partir de ahí buscaron ponerlo en marcha invitando a IPODERAC a unírseles. Una de las ideas que tenían era ir a buscar a los niños a la calle directamente para iniciar el trabajo con ellos. De esta manera, en 1989 surge la Fundación JUCONI: Junto con las Niñas y los Niños. Inicialmente, llevó el nombre de Fundación Joe Homan, personaje que fundó varios proyectos para niños y niñas “desposeídos” en la India. Sin embargo, como no era un nombre muy conocido, dos años después se toma el nombre de Fundación JUCONI.

La embajada británica tuvo que buscar a una agencia para canalizar los recursos y la encontró en el International Children’s Trust, una organización británica que se encarga de recaudar y canalizar dinero a diferentes organizaciones alrededor del mundo que trabajan con niños. Sin embargo, esta no tenía personal en México por lo que se decidió que fuera Sarah Thomas de Benítez quien se encargara de administrarlos.

Los primeros años de la fundación fueron un tanto inciertos: se trataba básicamente de ir a buscar niños a las calles (lo que hoy se encuentra formalizado en la Operación Amistad) y proporcionarles un servicio intensivo, en donde los preparaban para dejar su vida o su trabajo en la calle. Hoy en día se afirma que la fundación es mucho más estable y cuenta con dos campos de acción: los niños en situación de calle y las organizaciones que trabajan con ellos.

Ramón señala que, hace tiempo, se tenía el mito de que todos los niños que trabajaban en la calle eran niños sin casa y eran explotados. En un principio, la

fundación tomaba al “niño de la calle” como generalización, pero más tarde se dieron cuenta de que había que ser más específicos, por lo que se organizaron tres subprogramas destinados a tres poblaciones diferentes. A partir de esto, empezaron a romper varios mitos que se tenían acerca de esta población: descubrieron que realmente hay pocos niños que viven en la calle en la ciudad de Puebla; los que sí lo hacen no son muy visibles, pero tampoco son huérfanos. Por otro lado, cuestionaron el “mito del padre explotador y borracho, al que los niños deben entregarle dinero”, haciendo referencia a las imágenes de los carteles de la campaña “No más monedas en cruceros” del DIF Municipal.

En un inicio, el programa contemplaba un trabajo exclusivamente con el niño, pero más adelante se dieron cuenta de que la familia también era importante, pues no tener familia “es contra la naturaleza humana”. De igual manera, originalmente se pensaba que el problema era el niño, mientras que hoy se percibe que el problema son más bien las familias, aunque Ramón aclaró que tampoco se puede decir que estas sean los monstruos que nos pintan “al padre no se le metió el demonio y, de repente, empezó a explotar”. Afirmó que, si bien los problemas de violencia en la casa son lo que provoca que los niños salgan a la calle, estas son “familias pobres que se organizan para la supervivencia”.

En 1995 se fundó un segundo JUCONI en Guayaquil, Ecuador, el cual está más enfocado a los niños que trabajan en calle, pero utilizan la misma metodología que JUCONI Puebla. También han presentado a JUCONI fuera de México, principalmente en la Cámara de los Lores del Reino Unido de la Gran Bretaña y la Cámara de la Comisión Europea.

Ramón señaló que a lo largo de su trayectoria como fundación han recibido varios premios, por ejemplo: en 1994 UNICEF reconoció a JUCONI como una de las “organizaciones adecuadas para niños de la calle”; en el 2000 la fundación MERCED, del Estado de México, les dio el premio “razón de ser”; y la directora general de 1994 a diciembre del 2006, Alison Lane, recibió en el 2004 la “Orden del Imperio Británico” por

su contribución a la atención de la niñez en situación de calle en México. Para terminar, se habló también de la importancia de profesionalizar los servicios para esta población, colaborando con la academia, pues “no basta hacer con el corazón sino también racionalmente”.

A partir de lo anterior, surge una idea general de la Fundación JUCONI, aunque hay un par de puntos que es necesario precisar. Si bien la primera fundación fue establecida en Puebla en 1989, como resultado de un esfuerzo conjunto entre dos organizaciones no gubernamentales poblanas (Fuad Abed Halabi y el IPODERAC) y una británica (International Children’s Trust), Sarah Thomas de Benítez también relaciona su origen a eventos internacionales, nacionales y locales. A nivel internacional, habla del apoyo de los gobiernos latinoamericanos a la recién adoptada Convención de las Naciones Unidas sobre los Derechos del Niño y de las campañas de UNICEF durante la década de 1980 respecto al creciente número de niños viviendo y trabajando en las calles de las ciudades latinoamericanas.

A nivel nacional, menciona la iniciativa de “Menores en Situaciones Extraordinarias” (MESE) —que después se condensaría en un programa del DIF bajo el mismo nombre— como resultado del reconocimiento por parte del gobierno mexicano, a partir del terremoto de 1985, de que los “niños callejeros” eran un gran sector de la juventud más desventajas del país. A nivel local, esta iniciativa fue adoptada en Puebla en 1986 pero, a pesar de que fusionó a la sociedad civil, para 1991 estaba casi agotada debido, en parte, a la falta de fondos y la mala organización. Ante este agotamiento surgió JUCONI y, frente a la segmentación, inestabilidad y falta de profesionalización del campo de trabajo con “niños callejeros”, las ONGs empezaron a tomar el liderazgo en el trabajo con esta población (Thomas de Benítez 2001:6). Finalmente, la elección de la ciudad de Puebla para establecer ahí la fundación también tuvo que ver con que esta “es un lugar de paso para estados del sur (...) para la ciudad de México y de paso para la gente que se va a los Estados Unidos” (Albino Baltasar [educador 1997-actualmente], entrevistado el 3 de mayo del 2006). En este sentido, Thomas de Benítez afirmó que

inclusive hay evidencia de que su trabajo en Puebla ha contribuido a contener el flujo de niños que viven en la calle desde las provincias del este hacia la ciudad de México (Thomas de Benítez 2001:40).

Actualmente, la misión de la Fundación JUCONI, tal y como se encuentra plasmada en su página de Internet, consiste en: “diseñar e implementar servicios para la reintegración familiar y social de las niñas y los niños que viven o trabajan en la calle, o que están en alto riesgo de hacerlo. Además, es ofrecer asesoramiento y capacitación a otras organizaciones de la sociedad civil y entidades gubernamentales” (Fundación JUCONI 2006a). La noción de la reintegración familiar y social es un punto que se repite con frecuencia en los discursos del personal que trabaja en la fundación:

Que sean personas que tengan la misma posibilidad a los 20 años o a los 25 años que el hijo de la señora de aquí junto ¿sí? A lo mejor no van a ir a Harvard ¿no? pero bueno, lo básico que ofrece la sociedad en el contrato social, que lo reciban. A eso es lo que llamamos integración. Primero hablamos de integración porque no puedes re-integrar lo que no ha estado integrado antes. Entonces hay unos que son, en algunos casos se da re-integración y en la mayoría es integración: gente que está en la orillita y es la primera vez que van a empezar a participar de cosas (Ramón Guzmán [director operativo de JUCONI], entrevistado el 9 de marzo del 2006).

La percepción de que los menores y sus familias no están integrados a la sociedad se explica a través del enfoque sistémico o ecosistémico que ha adoptado la Fundación JUCONI, desde el cual se “intenta trabajar con el mayor número de ambientes con los que el niño se relaciona [pues] nada ocurre de manera única, personal; los éxitos y fracasos ocurren dentro de un sistema” (Jorge Villar [director educativo 1991-actualmente], entrevistado el 24 de mayo del 2006). En otras palabras, “el niño está en el centro y a su alrededor se construye una red de adultos (educadores, familia, jefes scouts). La meta debe ser ingresar estas personas a la sociedad, darles las herramientas y habilidades de forma que pueden participar plenamente y productivamente dentro de la sociedad formal” (Alison Lane [directora general 1994-2006], entrevistada el 25 de mayo del 2006).

En este enfoque, se piensa que la familia debe desempeñar un papel protector,

pues la reintegración de los menores se logra a través de familias que participan exitosamente en la sociedad, lo cual implica hacer uso de los servicios que ofrece el gobierno, como los educativos y los de salud. Por esta razón, JUCONI apoya a los miembros claves en la red personal de cada niño o niña —maestras, líderes comunitarios, policía— para que ayuden al menor y a su familia a participar exitosamente en su comunidad (Fundación JUCONI 2006b).

Es importante señalar que la percepción de que estos menores y sus familias no están “integrados” únicamente se sostiene si se omiten sus vínculos con el capital y con las organizaciones como JUCONI. En este sentido, como veremos en el capítulo siete, la participación de este segmento de la población en la sociedad se da a partir de los empleos escasamente remunerados sobre los que se basa la acumulación del capital y de la regulación que establecen las organizaciones gubernamentales y no gubernamentales que les brindan sus servicios.

En relación con lo anterior, el objetivo programático de la fundación consiste en “potenciar a los participantes a participar plenamente en la sociedad a través de mejorar sus oportunidades educativas, laborales y de desarrollo personal, en forma que pueda ser cuantificada”. Para lograrlo, se proponen “trabajar desde una perspectiva de fortalezas, apreciando el rol de trauma intergeneracional en la vida de los menores y sus familias involucrados con la calle”. En este entendimiento, los programas educativo-terapéuticos están diseñados para que cada participante adquiera las herramientas necesarias para desarrollar e implementar soluciones sustentables a las tensiones externas e internas que enfrenta (Fundación JUCONI 2006b).

El trabajo que realiza JUCONI sobre el trauma intergeneracional, es decir, enfocándose en una cuestión psicológica e individual, se basa en la idea de que el “origen de las broncas de estos niños están en sus papás y, si nos vamos más lejos, sus papás son como son porque sus papás fueron como fueron” (Ramón Guzmán [director operativo de JUCONI], entrevistado el 9 de marzo del 2006). Como se discutirá en el capítulo siete, la atribución de “las broncas” de estos menores a la manera en que “son”

sus padres y abuelos contribuye a pensar que estos problemas son de índole individual y, como tales, requieren de soluciones individuales, lo que oscurece el origen estructural de la miseria y explotación que experimentan estos menores y sus familias.

Por otra parte, la visión de la fundación se plantea como: “establecer a JUCONI como una organización de vanguardia en términos de conocimientos técnicos, experiencia acumulada, impacto, resultados obtenidos y excelencia en los servicios educativo-terapéuticos ofrecidos para el bienestar de niñas y niños en situación de calle y sus familias en México y el mundo”. Como veremos en seguida, esto se logra sistematizando y compartiendo sus experiencias con otras organizaciones a través del Centro de Apoyo Técnico (CAT).

Finalmente, JUCONI establece como sus valores aquellos de la justicia, la auto-crítica, la transparencia, la responsabilidad y ser pro-positivos. También los define a través de la siguiente afirmación: “Creemos que tod@ niñ@ debe poder acceder a sus derechos tal como están definidos en la Convención por los Derechos del Niñ@, para permitirles desarrollarse intelectual y físicamente y así llegar a ser adultos plenos y productivos para la sociedad” (Fundación JUCONI 2006a).

En este sentido, la Convención sobre los Derechos del Niño es uno de los marcos más importantes que utiliza JUCONI para definir sus objetivos, a partir de los criterios establecidos por la misma con respecto a cómo debe ser la vida de un menor, como veremos más adelante. Es importante señalar que, durante los primeros seis años de trabajo en México, JUCONI no adoptó la Convención sobre los Derechos del Niño de manera explícita, debido a que pensaban que sus estándares y su enfoque holístico eran demasiado altos y alejados de la realidad de las vidas de los “niños callejeros”. Más aún, percibían que una “pequeña organización como JUCONI” —y en ausencia de apoyo gubernamental significativo— no podría proveer los servicios que necesitaban estos niños para desarrollarse como un “partícipe completo” en la sociedad. Sin embargo, ante la falta de estándares objetivos para medir el trabajo con “niños callejeros”, adoptaron a la Convención como un conjunto abstracto de metas generales. Para 1994, ante los

resultados positivos alcanzados por JUCONI México, la experiencia acumulada, la estabilidad financiera, y la apertura de JUCONI Ecuador, se decidió que JUCONI sí podría, hasta cierto punto, cubrir las provisiones planteadas por la Convención (Thomas de Benítez 2001:15).

La misión, la visión y los objetivos de JUCONI encierran los esfuerzos que la fundación se propone hacer en beneficio de los menores que viven o trabajan en las calles, esfuerzos que son justificados de la siguiente manera:

Bueno, es que no se trata de ser buenas gentes, con buen corazón..., se trata de que esos niños van a crecer, y van a ser algo y si nadie mete la mano, van a ser, júralo, delincuentes o por lo menos van a ser una carga para la sociedad, porque van a ser gentes que van a ser indigentes, van a ser gente sin empleo, que van a generar nuevas generaciones de gente en las mismas circunstancias, entonces es un círculo vicioso que perjudica a la sociedad (Ramón Guzmán [director operativo de JUCONI], entrevistado el 9 de marzo del 2006).

Operativamente, la misión de la Fundación JUCONI se realiza a través de dos programas: uno dirigido a menores que están en situación de calle —o que pueden llegar a estarlo— y otro orientado a organizaciones que trabajan con niños en situación de calle, tanto en Puebla como en otros estados y en otros países. El primer programa se divide en tres subprogramas: niños y niñas que trabajan en la calle, niños que viven en la calle, y niños y niñas que trabajan en un mercado. La decisión para categorizar a su población en estos tres subprogramas surgió a partir de la experiencia temprana de JUCONI, donde aprendieron que los niños vivían en diferentes situaciones de calle, por lo que tenían necesidades de desarrollo y de bienestar social muy distintas. La distinción entre quienes viven y trabajan en la calle se hizo a partir de los términos “niño de la calle” y “niño en la calle” propuestos por la UNICEF (Thomas de Benítez 2001:25).

El segundo programa surgió hace cinco años y se denomina Centro de Apoyo Técnico (CAT), en donde se brinda capacitación a miembros de organizaciones gubernamentales y no gubernamentales que trabajan con la niñez en situación extraordinaria, que puede incluir orfandad, violencia intrafamiliar, entre otras cosas, por lo que no se limita a “niños de la calle”. Actualmente, JUCONI trabaja con 13

organizaciones, entre las cuales se encuentran el IPODERAC, el DIF Estatal de Puebla y el de Veracruz, la Villa Infantil (en Irapuato) y Los Pinos (en Guadalajara).

El subprograma que atiende a las niñas y niños que trabajan en la calle y sus familias comprende seis etapas. La primera consiste en ubicar e identificar al menor que trabaja en la calle, en donde el educador establece un contacto regular con él y analiza si es candidato o no para el “tratamiento JUCONI”. En segundo lugar, se lleva a cabo la Operación Amistad, mediante la cual el educador y el menor establecen un plan de trabajo y consideran las alternativas para “encontrar mejores condiciones de vida”. En esta etapa también se invita a los padres de familia a participar en el programa de reintegración social. La tercera parte es la incorporación del menor al programa Cambio Intensivo JUCONI, en donde se determinan las etapas y objetivos del tratamiento terapéutico y educativo, así como la reincorporación del menor al sistema educativo formal. La cuarta etapa consiste en el fortalecimiento emocional, y el desarrollo educativo-laboral del menor, orientado a resolver sus problemas de abuso, explotación laboral y maltrato, así como buscar empleos seguros fuera de la calle. La quinta parte comprende la asesoría familiar, en donde JUCONI trabaja con los padres de familia y los hermanos menores ofreciendo talleres de capacitación laboral, terapia familiar, contribuciones económicas al gasto familiar y trabajo con los hermanos pequeños para que ingresen a la educación formal. Finalmente, la última etapa consiste del seguimiento laboral y educativo, en donde JUCONI evalúa los avances del menor y su familia cada seis meses.

El subprograma dirigido a las niñas y los niños que trabajan en un mercado y sus familias es similar al anterior. En la primera etapa se ubica e identifica al menor que trabaja en el mercado y se analiza la posibilidad de integrarlo al Centro de Atención JUCONI, ubicado cerca del mercado Hidalgo. Posteriormente, el menor ingresa a dicho centro, en donde JUCONI le ofrece un programa diseñado para mejorar sus condiciones educativas y laborales, así como las de su familia. La tercera parte consiste en la educación integral, por medio de la cual se crean hábitos de alimentación, higiene y

salud; se aprende a leer, escribir y matemáticas; y se promueve la participación en actividades deportivas, recreativas y de desarrollo social. La cuarta etapa es la de integración familiar, en donde la familia recibe talleres de desarrollo laboral, educativo y consejería personal, sesiones de terapia y estimulación para participar en actividades de integración comunitaria. La última parte es el seguimiento educativo, laboral y familiar, a través del cual la familia es visitada por JUCONI para asegurar su plena integración a la sociedad.

El director operativo caracteriza al Centro de Atención JUCONI como lo más parecido que tiene el programa al desarrollo comunitario: “parece que no ha parado mucho la bronca; o sea, se va civilizando la loma [la colonia] pero eso no quiere decir que nos tengamos que ir muy pronto de ahí ¿no?” (Ramón Guzmán [director operativo de JUCONI], entrevistado el 9 de marzo del 2006). Thomas de Benítez relata que, en un inicio, la “extensión comunitaria” no resultó como esperaban, pues el liderazgo de los proyectos de guardería, talleres y cocina comunitaria fue acaparado por aquellas madres de niños que iban a la escuela (reconocieron que habían tenido problemas para estimular la participación de los padres), cuya situación era un poco mejor que la de las madres de niños que trabajaban en la calle. Esto dio paso a una reorientación del subprograma para atender a las familias en donde había antecedentes de menores trabajando en calle (Thomas de Benítez 2001:44).

El tercer subprograma, que atiende a los niños que viven en las calles, será abordado en el apartado siguiente. Baste decir por ahora que este subprograma está dirigido únicamente a menores del sexo masculino, y es un programa no ambulatorio, es decir, los menores son internados en la Casa JUCONI por un periodo de 18 meses hasta cinco años.

De acuerdo con el director educativo, los criterios generales que deben cumplir los menores en cualquiera de estos tres programas son: haber sido víctimas de desintegración familiar, violencia intrafamiliar o pobreza intergeneracional; que vivan y trabajen en la calle; que se puedan valer física y mentalmente por ellos mismos; que

acepten dejar las drogas y el alcohol; que tengan la voluntad de aceptar las reglas y de seguir con las mismas reglamentadas en cada programa; que cumplan con la edad que cada programa marca; que vivan a no más de tres horas de la ciudad de Puebla; y que hayan pasado por el programa inicial de Operación Amistad.

Finalmente, es importante señalar que, a pesar de que los tres subprogramas de JUCONI dirigidos a los menores tienen un componente asistencial, el director operativo señala que JUCONI busca distinguirse de las organizaciones que se identifican como “asistenciales”, pues están concientes de que, si bien es necesario dotar a los beneficiarios de una base material, “con que les des de comer no los vas a sacar adelante; les puedes dar de comer 20 años y al final acaban mal” (Ramón Guzmán [director operativo de JUCONI], entrevistado el 9 de marzo del 2006). El director operativo ilustra lo anterior haciendo referencia a la pirámide de Maslow, en donde las necesidades fisiológicas (comida, agua, abrigo) están en la base y las necesidades de autoestima (logros, dominio, reconocimiento) y auto-actualización (talento, creatividad, satisfacción) están en la punta. En este sentido, a JUCONI le interesa esta última parte, aunque reconoce que para llegar ahí, debe atenderse primero la base material. La siguiente metáfora es ilustrativa:

Un cuate enfermo de cáncer y le estas dando este aspirinas, nunca vas a atacar la cosa, el tamaño del problema ¿qué necesitas? Pues radio, quimioterapia, radiología... eso es lo que queremos hacer; llegar al punto de tener radiología y decir bueno, tiene cáncer, pues hay que hacer esto, no sirve pasarle... un huevito ¿no? (Ramón Guzmán [director operativo de JUCONI], entrevistado el 9 de marzo del 2006).

Por esta razón, quienes trabajan en JUCONI no se autodefinen como asistentes, sino como educadores y terapeutas. Esta afirmación es importante pues no solo refleja el deseo de profesionalizar el campo del trabajo con menores en situación de calle, sino también la pretensión de alejarse de las iniciativas de corte asistencial que han sido muy criticadas por generar dependencia entre los beneficiarios de las mismas. Regresaremos a esta cuestión más adelante.

Hasta mediados del 2006 la Fundación JUCONI estaba compuesta por un equipo de

43 personas, entre directivos, educadores, coordinadores, auxiliares, cocineras y administradores. Hace 16 años, el equipo estaba formado por 10 personas, tres de las cuales continúan en JUCONI ocupando puestos administrativos. El Consejo Directivo es quien establece los objetivos de la fundación, el cual está compuesto por un presidente honorario, un presidente, dos vicepresidentes (uno para Puebla y otro para el DF), un tesorero y cinco vocales. Además del consejo, JUCONI cuenta con tres direcciones: la dirección general, la educativa y la operativa. La primera se encarga de velar por la dirección y la calidad del trabajo de la organización y todos sus ámbitos, planear el futuro de la misma y desde corto y mediano plazo, y asegurar que se cuentan con las estructuras, el sistema y el financiamiento para poder lograr la visión que se ha propuesto JUCONI. La dirección educativa busca modelos psico-educativos exitosos y, junto con su equipo de trabajo, los adapta a las necesidades de los menores y sus familias. Finalmente, la dirección operativa se encarga del manejo de cuestiones logísticas, es decir, del suministro y uso adecuado de los recursos humanos y materiales, del análisis de bases de datos con respecto a la población del programa, así como del suministro de información para dar cuenta de los avances de los proyectos y programas de JUCONI a sus donadores.

Además del personal asalariado, la fundación comprende un importante número de voluntarios e individuos que realizan su servicio social; este grupo constituye una fuente importante de recursos humanos para la fundación, pues muchos de ellos son invitados a trabajar en la misma. Una característica importante del voluntariado de JUCONI es que está compuesto por un número sustancial de voluntarios extranjeros (principalmente de Estados Unidos y Europa), los cuales son alojados en el “departamento JUCONI” y, a decir del director operativo, colaboran con la fundación en parte porque se ve “bien” en sus currículos incluir algo de experiencia trabajando o haciendo voluntariado en un país “del tercer mundo” (diario de campo 16/03/2006).

Los tres directivos coinciden con que JUCONI tiene una muy baja rotación a nivel de su personal, pues “así como tenemos cuidado en cómo seleccionar a los niños para

su ingreso, así tenemos cuidado de cómo seleccionar el personal (...) tratamos de que no entre a JUCONI alguien que viene nomás a papar moscas” (Ramón Guzmán [director operativo de JUCONI], entrevistado el 9 de marzo del 2006). En este sentido, para ocupar uno de los puestos administrativos de la fundación se pide un compromiso mínimo de tres años. Por otra parte, el salario, las capacitaciones y el ambiente laboral contribuyen a retener a su personal en el trabajo.

Con respecto a los beneficiarios, estos son caracterizados como aquellos que enfrentan numerosos obstáculos para participar en la “*mainstream society*” (sociedad promedio o corriente principal de la sociedad) (Thomas de Benítez 2001:19): la mayoría no ha terminado la primaria, carecen de ambientes familiares que los apoyen, enfrentan problemas para obtener y mantener trabajos, cuentan con una autoestima muy baja y tienen problemas para desarrollar relaciones positivas con compañeros y adultos. Más adelante discutiremos la noción de “*mainstream society*”, en relación con los casos “exitosos” de menores graduados de JUCONI.

JUCONI atiende a 350 de estos niños y niñas anualmente, con un costo de 3.5 dólares al día: 150 en situación de calle, 200 en “alto riesgo” (los hermanos pequeños de quienes ya están en calle), y 120 padres (Fundación JUCONI 2006b). En el 2000, se calculó que el costo promedio de cada servicio por niño anualmente fue de 800 dólares (400 dólares para JUCONI Ecuador). La efectividad de los costos se evalúa con respecto al número de niños que se gradúan de sus programas y, en el futuro, esperan que a esto se puedan añadir los ahorros y las ganancias que obtiene la sociedad por ayudar a los niños a moverse “de la exclusión a la participación productiva” (Thomas de Benítez 2001:51).

De estos menores, la fundación afirma que un 80 por ciento logran “crear y sostener una vida digna dentro de la sociedad formal” (Fundación JUCONI 2006b); el 20 por ciento restante lo componen aquellos menores que desertan de alguno de los programas. El director operativo afirma que, dentro de este último porcentaje, algunos son exitosos (e.g. un menor que dejó el subprograma para niños que viven en la calle

actualmente tiene una esposa, dos hijos y maneja un taxi) y otros no (el caso de quienes están en la cárcel actualmente). Esta persona explica la deserción en términos de que “a fuerzas ni los zapatos entran”: JUCONI no puede detener a los niños como en “la granja” (el consejo tutelar de menores) porque no tienen la autoridad para retenerlos por la fuerza, aunque sí tratan de recuperarlos, invitándolos a regresar. Reconoce además que “los niños tienen voluntad y los papás por supuesto; si los niños son personas, los adultos son recontra más personas” (Ramón Guzmán [director operativo de JUCONI], entrevistado el 9 de marzo del 2006), pues a veces los padres no desean que sus hijos continúen en la fundación.

De acuerdo con el director operativo, la participación de los menores en los programas de JUCONI termina cuando se cumplen las metas diseñadas para cada menor y su familia. En el caso de aquellos que han vivido en la calle, esto puede tomar entre seis y siete años, mientras que para los que han trabajado en la calle el tiempo es de tres o cuatro años. Dichas metas pueden incluir dejar alguna dependencia de alcohol o drogas a nivel familiar, lograr una mejora en el nivel educativo, que la familia esté “socialmente integrada” y haya aprendido a aprovechar los recursos que tiene a su disposición. Idealmente, su participación no termina nunca, pues, “emocionalmente (...) nosotros somos un grupo de referencia y contención que los acompaña por el resto de sus vidas” (Jorge Villar [director educativo 1991-actualmente], entrevistado el 24 de mayo del 2006).

JUCONI mantiene vínculos con otras organizaciones e instituciones en términos de donaciones y financiamiento, capacitación y asesoría y, en menor medida, en forma de canalizaciones. Estas conexiones abarcan una red que se extiende a nivel local, nacional e internacional. En términos de las donaciones, en JUCONI están convencidos de que la diversidad en las fuentes de fondos es una de las claves para mantener la autonomía de una ONG (Thomas de Benítez 2001:8). Para cubrir su presupuesto anual de 10 millones de pesos (para el año del 2006), realizan campañas de recaudación de fondos y obtienen donaciones económicas y en especie.

Con respecto a la primera estrategia, JUCONI se vincula con empresas y cadenas comerciales principalmente en la ciudad de Puebla. Un ejemplo de esto son las “campañas de redondeo” en establecimientos como OXXO o Soriana, en donde en esta última recaudaron un total de \$66,262.08 entre noviembre y diciembre del 2006 mediante la campaña “Tu cambio por mi cambio” (Fundación JUCONI 2007). De igual manera, Provident Financiera (empresa británica que otorga préstamos económicos a particulares) organizó por segunda vez un torneo de fútbol en mayo del 2006 orientado a recaudar fondos para JUCONI. Dicha empresa recibió el distintivo “Empresa Socialmente Responsable” en el 2006 (Comunicación de Responsabilidad Social de la Empresa 2006).

Finalmente, otro ejemplo más es la organización de bazares, como aquel llevado a cabo en octubre del 2006 en la Confederación Patronal de la República Mexicana (COPARMEX) —quien agrupa a empresarios y “promueve una economía de mercado con responsabilidad social”— (Centro Empresarial de Puebla 2007). Este bazar fue coordinado por el Grupo Unámonos, asociación que cada año apoya en la realización de un bazar a beneficio de organizaciones no lucrativas, con el que se recaudaron 64 mil pesos (Fundación JUCONI 2007). Es importante señalar que un elemento clave para las campañas de recaudación de fondos es la publicidad y difusión de las mismas. Ejemplo de esto fue la visita, en marzo del 2002, del príncipe Carlos de Inglaterra para inaugurar la campaña de recaudación de fondos para dicho año (Railway Children 2002).

Con respecto a las donaciones económicas, JUCONI obtiene fondos del gobierno a nivel estatal y nacional a través del programa “De la calle a la vida”, cuya cantidad representa apenas el dos por ciento de sus ingresos. A nivel internacional, han obtenido un 30 por ciento de su financiamiento de la Unión Europea en los últimos cuatro años, a cambio de lo cual deben entregar informes detallados regularmente para comprobar estos ingresos. Asimismo, obtienen apoyo de la organización Together with the Children (TWTC), asentada en Denver, Colorado, quien, además de mantener metas similares a las de JUCONI Puebla, administra recursos económicos para apoyar a organizaciones de

la sociedad civil en todo el mundo.

De igual manera, JUCONI tiene vínculos con otras organizaciones internacionales, con quienes intercambia metodologías y experiencias para estar al tanto de lo que sucede en el ámbito del trabajo con menores en situación de calle a nivel mundial. En ocasiones, algunas de estas organizaciones donan recursos a JUCONI: International Youth Foundation (IYF), Consorcio Británico Para Niñas y Niños en Situación de Calle (CSC), European Network on Street Children Worldwide (ENSCW), Railway Children, (quien se encarga de ayudar a menores en situación de calle, principalmente en la India y en el Reino Unido), fundación Terre des Hommes, de Alemania, Andrews Foundation, y Sanctuary Model, de Estados Unidos.

A nivel nacional también existen ejemplos de este intercambio de experiencia y metodología; uno de ellos es a través del CAT y otro fue la colaboración establecida con el Centro de Apoyo al Niño de la Calle (CANICA), una organización independiente en Oaxaca, con la que JUCONI compartió su “modelo educativo emergente”, que consiste en metodología, sistemas y estructuras de gerencia, capacitación para educadores y sistema de evaluación. A partir de esta colaboración, y junto con JUCONI Ecuador y CIDES, surgió el proyecto META (Modelo Educativo Tomando Acción), con lo que se desarrolló un modelo educativo para niños y niñas en situación de calle, el cual concluyó en el 2000 (Fundación JUCONI 2006b).

Con respecto a organizaciones gubernamentales de la ciudad y el estado de Puebla, JUCONI se vincula con el DIF Municipal en términos de becas escolares y con el DIF Estatal con respecto a la canalización de menores (exclusivamente del DIF hacia JUCONI). También existen canalizaciones desde el DIF Municipal, aunque estas son muy escasas. Originalmente, las canalizaciones se hacían de la siguiente manera: “el DIF los levantaba, los subía a una camioneta y te traían un costal de arroz para que se lo aceptaras” (Ramón Guzmán [director operativo de JUCONI], entrevistado el 9 de marzo del 2006). Otra fuente de canalizaciones es el Consejo Tutelar de Menores Infractores del Estado de Puebla, en donde se realiza trabajo con los menores para que ingresen a

la Casa JUCONI.

Finalmente, JUCONI pertenece a la Red por los Derechos de la Infancia (a nivel nacional y en su capítulo Puebla) y mantiene contacto con otras organizaciones que trabajan con menores en situación de calle como IPODERAC y Hogares Calasanz. Estos vínculos se hacen a partir del reconocimiento de que “sabemos que no somos la solución ni la panacea ni nada y tenemos que ser un ladrillito en hacer una obra muy grande que es muy difícil de hacer; entonces pues tratamos de integrarnos con muchas organizaciones muchos tipos” (Ramón Guzmán [director operativo de JUCONI], entrevistado el 9 de marzo del 2006).

En este sentido, el director operativo caracterizó el campo de trabajo de las organizaciones dedicadas a los menores en situación de calle como un espacio en donde se daban múltiples iniciativas desde ámbitos gubernamentales, no gubernamentales y religiosos, pero que había mucho por avanzar, como en el caso de organizaciones tienen como meta “hacer la voluntad de Dios”. En este sentido, refiriéndose a JUCONI, afirma que “en el país de los ciegos, el tuerto es rey”, pues “después de unos 16 años trabajando con esta población ya podemos estar en esa posición de decir con un poquito de autoridad ciertas cosas” (Ramón Guzmán [director operativo de JUCONI], entrevistado el 9 de marzo del 2006). Es importante mencionar que dicha autoridad era reconocida tanto al interior como al exterior de la fundación, como en era el caso de los miembros del programa del DIF Municipal durante la administración panista.

Desde la perspectiva de la directora general, existen tres aspectos que diferencian a JUCONI de las otras organizaciones que trabajan con menores en situación de calle en México. La primera tiene que ver con que JUCONI es la única que tiene una presencia en calle importante, por lo que el 100 por ciento de su población ha estado involucrada en la calle o son hermanos de ellos: “todas las demás organizaciones, aunque describen una parte de su población como niños en situación de calle, sería muy difícil comprobar que esto sea cierto” (Alison Lane [directora general 1994-2006], entrevistada el 25 de mayo del 2006). La segunda diferencia es percibida en términos del compromiso que

establecen con sus beneficiarios: “JUCONI tiene un compromiso a la hora de contactar a un niño, una niña; desde ese momento, asume que es nuestra responsabilidad sacar a ese niño o niña, encontrarles una vida mejor. Entonces, básicamente, no nos damos por vencidos”; si un niño se va del programa, lo buscan y en 99.9 por ciento de los casos logran recuperarlo, por lo que “tenemos que buscar una solución para cada caso y eso nos obliga a seguir desarrollando metodologías y mejorando nuestra capacidad de hacer algo para estos niños” (Alison Lane [directora general 1994-2006], entrevistada el 25 de mayo del 2006).

Por último, la tercera diferencia consiste en que JUCONI es la única organización a nivel mundial que cuenta con un sistema de monitoreo y evaluación de su población. Después de haber dejado el programa, JUCONI los busca y los entrevista “con respecto a la educación formal, al trabajo, a la integración familiar, a la participación en la sociedad, para realmente ver cuál es el impacto y ver si estas personas realmente han sido capaces de mantener el estilo de vida que habían logrado en el momento de graduarse de JUCONI” (Alison Lane [directora general 1994-2006], entrevistada el 25 de mayo del 2006).

Como puede apreciarse, los vínculos que establece JUCONI con otras organizaciones de distintos ámbitos (empresarial, gubernamental y tercer sector) son muy importantes para la fundación. Lo que impulsa a JUCONI a establecer relaciones financieras y de intercambio de información con estos ámbitos de la sociedad es la idea de que:

En una sociedad que funciona bien, los tres sectores tienen roles muy importantes y ningún sector puede solo (...) entonces hay un rol para cada quien y el mundo empresarial debe dedicarse a generar dinero y empleo y financiarnos (...) Pero, de ninguna manera, el rol del OSC, que sea JUCONI o cualquier otro debe ser duplicar funciones que ya existe. Es importantísimo usar lo que existe en la sociedad para ya fomentar esa participación (Alison Lane [directora general 1994-2006], entrevistada el 25 de mayo del 2006).

En este sentido, Thomas de Benítez afirma que una colaboración tri-sectorial es atractiva (gobierno, empresas, sociedad civil), ya que la planeación de las políticas y las finanzas públicas pueden mejorarse con fondos privados y con el manejo de negocios

para apoyar a las organizaciones profesionales de la sociedad civil que trabajan con niños de la calle (Thomas de Benítez 2001:55). Por otra parte, los tres directores de JUCONI coincidieron con que el problema de los menores en situación de calle es una responsabilidad que no corresponde únicamente a organizaciones como JUCONI. Por esta razón, “nosotros creemos que el estado se debe de integrar con la sociedad, y el gobierno debe de participar porque la bronca es de todos ¿no?: es de ellos y de nosotros” (Ramón Guzmán [director operativo de JUCONI], entrevistado el 9 de marzo del 2006).

Durante los primeros años de la fundación, JUCONI tenía un impacto muy pequeño en las políticas públicas dirigidas a los “niños callejeros”, puesto que su interés estaba más orientado hacia realizar acciones directas con esta población (Thomas de Benítez 2001:13). Sin embargo, actualmente JUCONI contempla, desde el centro de capacitación y asesoría, un área dedicada al cabildeo (Fundación JUCONI 2006b). Esta labor apenas está comenzando, y el director operativo reconoce que aún falta mucho por hacer, como poder recomendarle al DIF cómo emplear sus recursos económicos.

Antes de pasar a la descripción del subprograma donde se realizó el trabajo de campo, vale la pena mencionar la respuesta del director operativo de JUCONI a una de las críticas más extendidas a las organizaciones que trabajan con este tipo de población, lo que puede aplicarse a todas las iniciativas que están orientadas a mejorar las precarias condiciones de vida de las personas, sin trabajar directamente para romper el marco estructural que las genera. Esta crítica tiene que ver con que los programas de la fundación únicamente atacan los efectos (o los síntomas) y no las causas del problema de los menores que viven o trabajan en las calles. Ante esto, el director operativo respondió lo siguiente:

Que estamos en una fase salvaje de capitalismo y que todo eso; sí es cierto [y] cada uno podemos tener nuestra posición al respecto. Pero el chiste es que está ¿no? Sí es cierto [que] los niños de la calle son un efecto de un problema más profundo, grandotote, enorme, pero el problema es que son vidas humanas (...) esos síntomas son vidas. Entonces son vidas que sí puedes ir cambiando aunque realmente el problema pues es una bronca social, es una cosota que no podemos

nadie solitos, que nos toca hacerlo a todos: estado, organizaciones de la sociedad civil, todos en conjunto. Hay que participar desde muchos lugares. Por eso (...) tú también eres una persona que puedes ir a manifestarte contra Marín, por ejemplo, o puedes ir a votar el 2 de julio (...) puedes participar de muchas formas. Pero en este trabajo en concreto estamos tratando que esas personas individuales que sí existen, que son esos niños y que tienen una vida, o sea, que no se queden descobijados esos cuantitos que están en la orillita. Entonces, sí, ciertamente no estamos cambiando el mundo. Estamos ayudando que, en un aspecto mejore la sociedad, creemos (Ramón Guzmán [director operativo de JUCONI], entrevistado el 9 de marzo del 2006).

Si bien el director operativo reconoce implícitamente que parte de la existencia de los menores en situación de calle se debe a la “fase salvaje del capitalismo”, deja claro que el trabajo de la fundación no está orientado a cambiar ese aspecto, sino a mejorar la sociedad brindando atención a “personas individuales” puesto que, aunque son síntomas del capitalismo, no dejan de ser vidas que es preciso rescatar.

Subprograma para niños que viven en la calle

Una de las educadoras que trabaja en este subprograma afirmó que este es la “carta de presentación” de la Fundación JUCONI, pues es aquí en donde se realiza el trabajo más pesado y delicado con los menores. En efecto, durante el trabajo de campo, este subprograma recibió numerosas visitas por parte de otras organizaciones para conocer el funcionamiento del mismo.

La población objetivo de este subprograma son los niños que viven en la calle o que han vivido en ella y se encuentran en el consejo tutelar o en alguna otra institución, y sus familias. Con respecto a los menores, la mayoría de los educadores vinculados a este subprograma, mencionaron que el objetivo final es reintegrarlos o reingresarlos a la sociedad, de preferencia a través de sus familias. Para ello, se les brindan servicios educativos y terapéuticos principalmente, en un espacio en donde todas sus necesidades esenciales están cubiertas: techo, alimentación y vestido, principalmente, las cuales se perciben como la parte asistencial del programa. Todos estos componentes están orientados a “brindar a estos niños las oportunidades que como niños se merecen (...) el derecho a jugar, el derecho a estar con su familia, el derecho de ir a la escuela, el

derecho a tener diversiones, servicios médicos” (Albino Baltasar [educador 1997-actualmente], entrevistado el 3 de mayo del 2006).

De acuerdo con los educadores, la atención terapéutica es uno de los componentes más importantes del subprograma, pues “una infancia terrible no necesariamente determina una vida adulta infeliz (...) es posible que se puedan ir modelando ciertos comportamientos y que, de esta manera, los niños puedan reintegrarse socialmente” (Nayeli Aparicio [encargada de apoyo escolar 2004-actualmente], entrevistada el 4 de mayo del 2006). En este sentido, Sarah Thomas de Benítez afirmaba que la baja autoestima que tienen los “niños callejeros” puede ser un obstáculo para una “participación verdadera” en la sociedad. Por esta razón, los niños necesitan tener resueltas algunas preocupaciones asistenciales y haber desarrollado algunas habilidades cognitivas y emocionales antes de poder participar completamente en el diseño y liderazgo de sus vidas. Es así que JUCONI “empodera” a los niños para que alcancen esta etapa, por medio del cambio intensivo (Thomas de Benítez 2001:41), lo cual es altamente visible en la Casa JUCONI. Con respecto a las familias de estos menores se busca:

Demostrarles que hay servicios a los que pueden recurrir (...) formar redes en la familia y mostrarles que hay cosas que pueden recurrir dentro de su comunidad, como el centro de salud, el DIF, escuelas (...) a veces, nos encontramos con familias que tanta es su ignorancia que no hay nadie que los ha apoyado o que se los ha mostrado (Albino Baltasar [educador 1997-actualmente], entrevistado el 3 de mayo del 2006).

Este subprograma comprende seis etapas; el trabajo de campo realizado al interior de este subprograma permitió documentar con más detalle las etapas tercera y cuarta, obteniendo información sobre el resto de ellas a partir de entrevistas y conversaciones con el personal de Casa JUCONI y de la fundación en general. El tiempo que permanece el menor en este subprograma depende de varios factores y de cada caso en específico; las estimaciones van de 18 meses hasta cinco años en Casa JUCONI, más tres años de seguimiento (como mínimo) una vez que el menor sale completamente del programa.

La primera etapa consiste en ubicar e identificar a un niño que vive en la calle, en donde el educador analiza la posibilidad de que este ingrese al Servicio Intensivo Residencial; la segunda se denomina Operación Amistad, durante la cual el educador prepara al menor para su ingreso a la Casa JUCONI. El principal encargado de estas dos etapas es Ernesto Portillo, un psicólogo de 34 años quien es el responsable de Operación Amistad en lugares cerrados (el consejo tutelar de menores infractores) y abiertos (las calles, en especial la zona de la central de autobuses de Puebla). Inicialmente, esta labor también se realizaba por las noches y había tres educadores trabajando en esa área; sin embargo, ahora Ernesto es quien realiza todas las tareas.

El trabajo de Ernesto Portillo consiste en contactar y seleccionar a los menores y prepararlos para que ingresen a Casa JUCONI: “realmente ése es el trabajo: ser el bonachón (...), o sea, soy el cuate que llegó y se preocupó por ti, porque, eh, te vi sin zapatos y entonces te voy a conseguir unos zapatos” (Ernesto Portillo [coordinador de trabajo en calle 1996-actualmente], entrevistado el 19 de mayo del 2006). Un reportaje elaborado por un periódico de San Diego, donde se representa a Ernesto como un “trabajador social no convencional”, afirmaba que, en diez años, ha sacado de la calle a unos 200 niños, exponiéndose a que lo persigan, que lo amenacen borrachos o que lo llamen un perverso (Bremer 2006) a raíz del contacto que establece con los niños.

Durante Operación Amistad, Ernesto lleva a cabo diagnóstico de las circunstancias por las que el menor se encuentra en la calle, cuánto tiempo lleva ahí, qué actividades realiza, entre otras cosas, así como “venderles la idea de un cambio de vida totalmente”. De esta manera, busca asegurar que el menor que ingresa a Casa JUCONI va a permanecer en la misma el tiempo suficiente para que se obtengan los resultados deseados. A partir de este trabajo se clasifica a los menores en iniciales (los que han pasado de uno a tres meses viviendo en la calle), altos riesgos (quienes han estado de tres a seis meses) y permanentes (son quienes tienen más de seis meses viviendo en la calle). Su población objetivo son menores entre seis y 15 años de edad, los cuales pueden entrar en alguna de estas tres categorías: niños o adolescentes en

riesgo (“coqueteando con la calle”, a punto de salirse de su casa), niños o adolescentes en el consejo tutelar, y niños que ya han salido completamente de su casa. La duración de Operación Amistad varía en cada caso: puede tomar de un día (en casos donde el niño está en peligro) hasta cuatro meses.

Comparándolo con el trabajo que realizaba hace 10 años, afirma que ahora este es más difícil porque dice que en Puebla no existen muchos niños que viven en la calle. Al ingresar a JUCONI, los educadores le comentaban que tenían grupos de 15 muchachos, luego de nueve y, actualmente, Ernesto tiene de alrededor de seis. Cuando empezó eran muchos niños de la Sierra Norte de Puebla (Zacapoaxtla, Libres, Teziutlán) y luego de Zacatlán, Huahuchinango, y la Ceiba, los cuales se juntaban en la CAPU. De unos años para acá, empezó a ver que los menores eran del interior de la ciudad, de las colonias populares: “resulta que, muchos de estos niños (...) ya no eran tan salvajitos o tan primitivos ¿no? en el sentido de que, ‘somos niños de la calle pero no somos de la calle, cabrón, o sea, rentamos un cuartito, ¿verdad? o nos vamos a un hotel’” (Ernesto Portillo [coordinador de trabajo en calle 1996-actualmente], entrevistado el 19 de mayo del 2006).

Ernesto menciona que esta es una de las áreas del programa con más desgaste emocional, pues cuando él ingresó al programa “le juegas a superman y quieres que no haya ningún niño en la calle y quieres ayudar a todo el mundo”, pero pronto se dio cuenta de que era mucho más complicado que eso, lo cual le produjo mucha frustración. Ernesto compara la condición de un menor cuando lo contacta en la calle con la manera en que se encuentra en Casa JUCONI:

Si tú vas a Casa JUCONI, tú ves al niño gordito y limpio ¿no? y te gusta ver eso. Pero, difícilmente, te vas a imaginar (...) si estaba demasiado drogado, si estaba demasiado flaco, si acabó sin zapatos, ¿no?, y todas las vivencias callejeras. A la gente no le gusta ver lo desagradable ¿no? o meterse abajo del puente ¿no? y ver al niño ahí, este, que pasen las ratas como conejos (Ernesto Portillo [coordinador de trabajo en calle 1996-actualmente], entrevistado el 19 de mayo del 2006).

Una vez que termina el trabajo en Operación Amistad, se pasa a la tercera etapa del subprograma, en donde el menor ingresa a la Casa JUCONI para experimentar un

“cambio intensivo”, en donde se elabora un plan educativo-técnico que corresponda a sus necesidades. La cuarta etapa es la reconstrucción moral y afectiva del niño, así como su actualización escolar, que incluye el cuidado de la salud, alimentación y vivienda; la enseñanza de la lecto-escritura, las matemáticas y las habilidades del pensamiento; el tratamiento terapéutico a los problemas emocionales de trauma por abuso, baja autoestima y agresividad; y la participación en actividades recreativas, deportivas y culturales.

La mayoría de estas actividades ocurre al interior de Casa JUCONI: un edificio de dos plantas que se ubica cerca del mercado Independencia, esquina con el Boulevard Municipio Libre: es un espacio luminoso, colorido y ventilado. En la planta baja hay un pequeño patio rectangular, alrededor del cual se localiza la cocina, la alacena, el comedor, la oficina de la encargada de la casa, un baño para los educadores, dos salones para actividades educativas, una pequeña enfermería y un cuarto de lavado. El patio está rodeado por un pasillo, en cuyas paredes lucen carteles alusivos a los derechos del niño. Un pequeño pasillo conduce a la parte trasera en donde se ubican los lavaderos, el tendedero, el garage y una cancha de fútbol enrejada que da a la calle. Para tener acceso a la planta alta, se sube por unas escaleras cuyas paredes están pintadas con dibujos de niños jugando entre campos y montañas. En la planta alta se localizan los cuartos donde duermen los menores, los baños, la oficina del encargado de la casa por las noches y un pequeño cuarto para actividades especiales con los niños o con las visitas que llegan a la casa.

En este espacio conviven diariamente los cinco educadores “de base”, los voluntarios, los prestadores de servicio social y los 21 menores residentes de Casa JUCONI (quienes tienen entre seis y 15 años) y en donde se hace explícito uno de los componentes más importantes del subprograma niño de la calle: el cambio intensivo. Los educadores de Casa JUCONI hablan de este elemento en términos de que, antes de entrar a JUCONI, el menor carece de hábitos de higiene, buena alimentación, cuidado del vestido y horarios, por lo que corresponde a los educadores enseñarles la

importancia de ello y “darles un poco de estructura a sus vidas, porque carecen completamente de ella” (Nayeli Aparicio [encargada de apoyo escolar 2004-actualmente], entrevistada el 4 de mayo del 2006). La razón por la que este cambio se denomina “intensivo” se debe a cuestiones tanto temporales como emocionales. En el primer caso:

Estamos trabajando con él 24 horas del día los siete días a la semana, 365 días del año (...) No es una casa de permanencia, sino de transición. Entonces, nosotros tenemos un cierto periodo (...) no tenemos toda la vida para poder hacer algo con estos niños, sino tenemos un cierto tiempo porque tenemos otros niños que también necesitan el servicio (José Francisco Margali [coordinador de logística 1997-actualmente], entrevistado el 15 de mayo del 2006).

Por otra parte, es emocionalmente intenso porque “después de un par de meses, los niños entran en una etapa de estrés post-traumático, entonces, comienzan a vomitar todo esto que les ha pasado (...) se está viviendo todas estas emociones a flor de piel” (Nayeli Aparicio [encargada de apoyo escolar 2004-actualmente], entrevistada el 4 de mayo del 2006).

Existen cinco educadores “de base” en Casa JUCONI y varios más vinculados a la misma, quienes apoyan regularmente con clases especiales o con labores administrativas. De estos cinco educadores, tres laboran entre semana (dos por la mañana y parte de la tarde, y uno a partir de las 18:00 hrs hasta las 10:00 am del día siguiente) y dos los fines de semana. La encargada de Casa JUCONI coordina a los educadores, los voluntarios y los prestadores de servicio social, supervisa las actividades de los menores y está al pendiente de sus necesidades materiales como el vestido y la alimentación, vigila los gastos de la casa, y participa en el apoyo escolar, la elaboración de planes de vida y del sistema de retos.

También hay una persona que supervisa el desarrollo cognitivo de los menores, mediante una labor de tutoría e impartición de clases, así como la educación en cuestiones de higiene, limpieza, horarios, entre otras cosas. Por su parte, el educador de fin de semana se encarga de realizar actividades con los menores, como visitas a parques de diversiones, campamentos, juntas scouts, entre otras cosas. El coordinador

de logística estima el presupuesto semanal de Casa JUCONI en tres mil pesos, lo que cubre la comida y el transporte de los menores, pues elementos como el gas y el agua son otorgados mediante donaciones.

El tipo de dinámica en la que participa un menor al interior de la Casa JUCONI depende principalmente de su escolaridad y sus lazos familiares. Por las mañanas, los menores se levantan alrededor de las ocho, desayunan y llevan a cabo sus “comisiones”: a cada niño se le asigna una actividad como barrer, trapear, poner la mesa, lavar los trastes, limpiar el patio, entre otras. Esto constituye un medio para enseñarles la importancia de tener la casa bien aseada, así como desarrollar un sentido de responsabilidad, cooperación y disciplina. Algunas veces, los menores pueden realizar comisiones extra para obtener algunos privilegios como permisos para salir o algo de dinero. Doña Viki es la encargada de preparar los alimentos de los menores, los cuales siempre son variados, abundantes y nutritivos.

De lunes a jueves, los niños trabajan en apoyo escolar por la mañana de 10 a 12: aquellos que asisten a la escuela, hacen su tarea solos o con ayuda de las educadoras, los voluntarios o los prestadores de servicio social. Todos los martes, el director educativo imparte una clase de matemáticas a este grupo, empezando siempre con tres preguntas, que se hacen unos a otros: ¿cómo te sientes? ¿cuál es tu meta para el día de hoy? ¿quién te puede apoyar?. Aquellos que aún no van a la escuela, trabajan matemáticas con las educadoras y, por las tardes, lecto-escritura. Los miércoles a las 9:00, aquellos menores interesados (que realmente es la mayoría) reciben una hora de catecismo. Los viernes de 9:00 a 10:00 un grupo de menores participa en un taller de dibujo y manualidades.

Los avances académicos se evalúan cada seis meses de manera individual, en donde el menor tiene que realizar una serie de exámenes para medir su progreso en áreas como matemáticas y lecto-escritura. Esto muestra la importancia que tiene la educación al interior del subprograma. En este sentido, Thomas de Benítez señala que, para las ONGs, un enfoque de educación centralizada parece ser la mejor estrategia

actualmente disponible para ayudar a que los niños pasen de la exclusión a la inclusión en la sociedad (Thomas de Benítez 2001:55).

De 13 a 14 hrs el grupo que no va a la escuela tiene tiempo libre para jugar, bailar, leer y otras actividades recreativas. Por su parte, los menores que sí asisten a ella, comen, se bañan y se preparan para salir a las 13 hrs: ellos reciben dinero para sus pasajes, ya sea rumbo a la escuela Lázaro Cárdenas o a la Jorge Washington, ambas escuelas públicas. Quienes se quedan, comen de 14 a 15 hrs, realizan sus comisiones o juegan hasta las 15:30 hrs, hora a la que empieza la sesión de apoyo escolar vespertina, la cual termina a las de 17:30. A las 18 hrs llega el educador encargado de Casa JUCONI por las noches, quien también supervisa las rutinas y las cuestiones de higiene; una hora más tarde regresa el grupo que fue a la escuela. A partir de este momento, los niños lavan su ropa, se bañan, ven la televisión, escuchan música, cenan y se van a dormir.

Durante el día, las peleas entre los menores son comunes, así como las manifestaciones de rebeldía en contra de las actividades que los educadores establecen para ellos. De vez en cuando, esto alcanza proporciones importantes, en donde los menores llegan a lastimarse entre ellos o, incluso, a sí mismos. Cuando esto sucede, los educadores reúnen a todos los niños en un salón y hablan del problema, pidiéndoles a los menores que digan lo que piensan al respecto, así como sus sugerencias para resolver el conflicto. Esta misma dinámica se aplica cuando suceden cosas que afectan a los residentes de la casa. Por ejemplo, en una ocasión llegaron un par de judiciales a buscar a un menor de la Casa JUCONI que había cometido un robo. En cuanto se fueron, reunieron a todos los niños para explicarles lo que le podía pasar a este niño si lo atrapaban, señalando que, por tener 14 años, iría al consejo tutelar en lugar de ir a la cárcel, exhortándolos a tener cuidado.

Los fines de semana están a cargo de dos educadores, quienes realizan un trabajo más relajado y recreativo con los menores, en donde el nivel de exigencia con respecto a la limpieza y la higiene es menor y los niños pueden levantarse más tarde. Se planean

actividades como campamentos, visitas a parques de diversiones o la asistencia al grupo 34 de los Boy Scouts los sábados por la tarde. Se procura que los menores que ingresan a Casa JUCONI por primera vez lo hagan durante el fin de semana, pues se piensa que es mejor para ellos comenzar con una rutina menos estricta con respecto a la que experimentan entre semana. Las visitas familiares se realizan al menos dos veces al mes: en una de ellas, el menor va a su casa y, en la otra, su familia va a Casa JUCONI; más aún, de lunes a viernes, la familia puede ir a visitarlo de dos a tres de la tarde y comer con él; se privilegia a la familia nuclear pero también se acepta a la extensa.

Un elemento importante de la Casa JUCONI es el taller productivo, orientado a los residentes de Casa JUCONI que tienen 14 años o más. Su importancia radica en que es uno de los elementos que busca preparar a los menores para obtener un trabajo en el futuro. De acuerdo con Sarah Thomas de Benítez (2001), el primer taller productivo se abrió en 1990 en respuesta a las “necesidades de los niños que trabajan en la calle de producir un ingreso para sus familias”, en donde algunos menores (entre 11 y 15 años) producían –y posteriormente vendían– trapeadores y sacudidores junto con algunos miembros de su familia. Se pensaba que las familias podrían trabajar juntas en un “ambiente protegido”, aprender a establecer y administrar sus propios talleres caseros y construir sobre las técnicas de ventas que ya tenían los niños que trabajaban en las calles.

Este taller cerró después de 18 meses debido a varias razones: por un lado, se esperaba mucho del mismo, pues querían que este cumpliera objetivos económicos y de capacitación, que satisficiera necesidades inmediatas y de largo plazo, y que fuera tanto de las familias como de los niños. Se dieron cuenta de que para ser genuinamente productivos tenían que competir con otros productores locales capacitados para producir grandes cantidades de mercancías de la manera más eficiente posible. En este sentido, su taller nunca podría competir con los otros productores a gran escala, pues utilizaban economías de escala y pagaban sueldos muy bajos, mientras que los pequeños productores trabajaban muchas horas y producían a gran velocidad.

Por otro lado, las familias no mostraban interés en trabajar juntas fuera del taller de JUCONI. A partir de esto, se decidió que la fundación no tenía ni la experiencia ni el interés en los negocios para volverse innovadores exitosos en este campo, pero sí necesitaban ayudar a los niños a adquirir habilidades para encontrar y mantener mejores trabajos de los que tenían en la calle. Aprendieron que podían hacerlo acompañando a los chicos en su búsqueda de trabajo y entrenándolos en “habilidades de la vida”, para lo cual abrieron un segundo taller en 1997 con espacio para seis jóvenes. Este estaba pensado como un taller de entrenamiento diseñado para darles a los menores una combinación de habilidades laborales en un ambiente semi-industrial, donde lo importante eran las habilidades de disciplina, trabajo en equipo y responsabilidad (Thomas de Benítez 2001:47-48).

Inicialmente, el taller hacía mermeladas, las cuales se vendían entre quienes apoyaban a JUCONI; posteriormente, se empezaron a hacer chipotles y galletas, las cuales pueden encontrarse actualmente en muchas tiendas en la ciudad de Puebla. El director administrativo de JUCONI señalaba que, en realidad, “el producto no es la galleta, el producto es el niño” y aunque mucha gente piensa “‘ay, qué bien, les dan un oficio’, lo único que intentamos es que tengan una experiencia de trabajo, en donde haya chance de equivocarse (...) queríamos que tuvieran una especie de trabajo para poder ir dando los pasos hacia su vida futura” (Ramón Guzmán [director operativo de JUCONI], entrevistado el 9 de marzo del 2006). En el taller actual solamente trabajan muchachos a partir de los 14 años, pues el encargado del mismo señala que la ley no permite emplear a menores de esa edad. Cuando visité el taller había un chico de la Casa de Jóvenes (donde van algunos de los graduados de Casa JUCONI) que estaba a punto de terminar el taller: había conseguido trabajo en una cadena comercial de abarrotes y debía de mantenerlo durante tres meses para acreditar su graduación.

Lo anterior permite ver que, dentro de las necesidades de los niños —o de estos en particular— se reconoce la de contribuir al ingreso de la familia, por lo que no solamente “necesitan” amor, cariño y protección, elementos que se perciben como

esenciales para una niñez normal y deseable. A partir de este reconocimiento, surge la idea de diseñar un taller en donde ellos pudieran aprender la disciplina laboral que les permitirá obtener trabajos socialmente aceptados, es decir, mejores que los que tenían en la calle, pero no tan buenos como aquellos a los que aspiran los menores que pertenecen a familias de la clase media o media alta.

Por otra parte, la experiencia del primer taller en donde se dieron cuenta de que no podrían competir con el resto de los productores es interesante. Es como un “encuentro” de JUCONI con el mundo “real”, en donde aquello que permitía producir más a los otros productores eran los bajos salarios y las pocas o nulas prestaciones laborales (condiciones experimentadas por muchos de los padres de estos menores). Si trasladamos esto a una escala mayor, surge la pregunta de si los programas que ofrece JUCONI realmente pueden preparar a los menores para competir ventajosamente en la gran maquinaria del capitalismo que es la que contribuye a generar este tipo de población. Tal vez lo que ofrece JUCONI en este sentido es la mediación necesaria para que, cuando estos menores alcancen la edad legal para trabajar, lo hagan como parte del segmento del ejército industrial de reserva desechable. Profundizaremos en esta cuestión en el capítulo siete.

Uno de los educadores de fin de semana resume los servicios de Casa JUCONI como sigue: “en la mañana hay apoyo escolar, en la tarde, apoyo escolar, ven televisión, comen tres veces al día, duermen en su propia cama, tienen ropa, el inmueble se conserva en buen estado y, el fin de semana, tienen diversión” (Germán de la Luz [educador de fin de semana 2000-actualmente], entrevistado el 7 de mayo del 2006). Es importante matizar este panorama apuntando que la Casa JUCONI es un “micro-universo” que trata de reproducir los valores de una clase media que puede “pagar” por todo eso y que busca darles a los menores las herramientas para que ellos aspiren a ese ideal y lo reproduzcan. Sin embargo, a largo plazo no se les enseña a cuestionar porqué sus padres o sus familiares no pueden —o pudieron— realizar ese ideal.

La participación de los menores en el subprograma termina cuando estos y sus

familias han cumplido con las metas programadas por ellos mismos y los educadores, lo cual se realiza a través del “plan de vida” y del “sistema de retos”. El primero consiste en planear actividades físicas, cognitivas y sociales para los menores estableciendo metas definidas, las cuales son evaluadas cada tres meses. En este plan quedan asentadas las expectativas del menor así como las que los educadores tienen para todos los niños en general. El segundo es un diagnóstico para medir, mensualmente, el progreso de los menores en cuestiones de higiene, limpieza de los espacios, cumplimiento de sus comisiones, desempeño escolar, participación en actividades de fin de semana, entre otras.

En este sentido, la penúltima etapa consiste en la reintegración familiar, en donde se busca incorporar al menor de manera saludable a su hogar. Aquellos que no puedan regresar con su familia tienen tres opciones: vivir solos, ingresar a la Casa de Jóvenes de JUCONI (en donde se les apoya con sus estudios o en la búsqueda de un trabajo) o vivir con algún miembro de su familia extensa. Originalmente, antes de que se creara y fortaleciera la Casa de Jóvenes de JUCONI, los menores podían ir al IPODERAC, pero ahora esa opción ya no existe.

La última etapa del subprograma es la de seguimiento emocional y educativo, en donde el educador visita regularmente al menor en su “opción de vida” durante tres años para asegurar su plena participación en la comunidad. En este momento, el menor ya puede mantener una relación sana con su familia, entender y respetar sus cambios corporales y sexuales, permanecer en un trabajo estable, comentar sus ideas y pensamientos con otros niños y adultos, así como tomar decisiones, y buscar y aprovechar las oportunidades de desarrollo personal y familiar.

El director operativo recuerda a uno de los menores que se “graduó” del subprograma: “para mí otro que también es un súper exitoso de JUCONI que en lo personal me tocó cuando era educador —que se llama Alejandro— es jardinero en California; está de mojado” (Ramón Guzmán [director operativo de JUCONI], entrevistado el 9 de marzo del 2006). Esto ayuda a ver que este tipo de programas son

exitosos en reproducir las clases bajas como tales, desde donde se mandan individuos a engrosar las filas de mano de obra barata en los Estados Unidos. Uno de los éxitos “no intencionados” del subprograma es mantener la jerarquía de clases tal y como está: ellos trabajando en una ONG y algunos de sus beneficiarios de migrantes ilegales y taxistas, ocupando los empleos normalizados para el proletariado urbano desechable.

En este sentido, surge una duda en torno a lo que Thomas de Benítez (cofundadora de JUCONI) entiende por “*mainstream society*” a la cual JUCONI busca incorporar a los menores y sus familias. El término “*mainstream*” implica la existencia de un conjunto de actitudes, “valores” y prácticas en una sociedad o un grupo, o la presencia de una corriente de pensamiento, actividad o influencia predominante de “la mayoría”. Si el “*mainstream*” se define con base en una mayoría, en México la mayoría de la población estaría representada, numéricamente, por las clases bajas, por lo que el “éxito” de los graduados de JUCONI consistiría en estar integrados “exitosamente” a la sociedad en tanto individuos que se van de “mojados” a los Estados Unidos o que manejan un taxi. Por el contrario, después de describir los objetivos y los programas de JUCONI, el “*mainstream*” al que ellos se refieren pudiera ser aquel en donde los menores y su familia tienen acceso a un trabajo lo suficientemente remunerado para constituirse como clase media y adoptar los valores cristianos sobre la familia. De esta forma, los beneficiarios aspirarían a ocupar el mismo lugar en la sociedad que poseen quienes trabajan en la fundación. Regresaremos a este punto en la última parte de este capítulo, baste por ahora subrayarse la ingenua vigencia del pensamiento colonial en la labor altruista y de asistencia de los cuadros dirigentes.

Con respecto a la permanencia de los menores en el subprograma, los educadores coincidieron con que esta es relativamente alta: si bien existe rotación —entendida por ellos como deserción—, esta ya está contemplada. Dicha rotación se debe, principalmente, a que los menores pasan de un ambiente en donde no hay estructura ni reglas, a uno en donde parece que hay más imposiciones y limitantes. Por esta razón, toma tiempo para que el menor se adapte a un sistema estructurado como Casa

JUCONI, por lo que es frecuente que trate de escaparse de la misma. Otro educador mencionaba que esta rotación se debe a que a nivel terapéutico se mueven cosas emocionales que impulsan a los niños a salir del subprograma, lo que muchas veces se debe a un sentido de culpabilidad al saber que él está viviendo en mejores condiciones que el resto de su familia. Un educador más atribuye la rotación a la angustia de estar todo el tiempo en Casa JUCONI, pues a veces pasa mucho tiempo sin que puedan salir:

[Hay] personas que están acostumbradas a estar así, sin límites; no tienen reglas, no tienen nada que hacer y la calle es muy redituable para ellos porque les deja (...) sí resienten bastante su vida de calle, pero se les hace ver que el beneficio es mucho más grande: pueden conseguir un nivel de educación que no tenían o se alfabetizan o algo; beneficios que no tienen en la calle porque a lo mejor pueden ganar dinero pero no pueden ir a la escuela porque a lo mejor no son capaces de visualizar que hay una escuela para ellos (Germán de la Luz [educador de fin de semana 2000-actualmente], entrevistado el 7 de mayo del 2006).

En el transcurso del trabajo de campo se pudo apreciar que, en efecto, había menores que escapaban de Casa JUCONI pero la mayoría regresaba después de unos cuantos días. Solamente en uno de los casos se constató que el menor no regresó a Casa JUCONI, pues ya se había escapado varias veces y, al final, parece que su familia no quiso cooperar para que el menor reingresara al programa. En relación a esto, todos los educadores coinciden con que siempre van a buscar a los niños que se escapan de la casa, pues es un “compromiso no solo laboral sino moral; uno piensa tantas cosas que se te hace tripas el corazón, sería muy irresponsable de nuestra parte dejarlos ir, este, sabiendo que se van a tener que enfrentar a cosas duras y que no están preparados para ese nivel de frustración y de depresión” (Nayeli Aparicio [encargada de apoyo escolar 2004-actualmente], entrevistada el 4 de mayo del 2006).

Población beneficiada

Como se mencionó líneas arriba, los beneficiarios del subprograma para niños que viven en la calle son menores con edades entre seis y 15 años que han tenido alguna experiencia de vida en la calle. Durante el transcurso del trabajo de campo, había 21 menores en el subprograma, es decir, residiendo en Casa JUCONI.

A diferencia del programa del DIF Municipal, en JUCONI no fue posible entrevistar a los menores directamente. Según la directora general de ese entonces, esto se debe a que “la Convención de los Derechos del Niño les da el derecho a la privacidad (...) esta es información muy delicada, sumamente personal y no, no, no debe de ninguna manera debe ser a la vista de cualquiera” (Alison Lane [directora general 1994-2006], entrevistada el 25 de mayo del 2006). Al señalarle que la misma convención les da el derecho de expresarse, mencionó que ese artículo tiene “varios candados” que protegen al niño aún cuando expresa su opinión, “entonces, de que, no se debe abrir o exponer el niño a riesgos”. Afirmó que cuando JUCONI utiliza información sobre los niños, les piden permiso a ellos y a sus familias; generalmente se trata de fotografías para comprobar a los donadores que “el niño existe” y que sí se está trabajando con él, o bien para fines publicitarios. También se les pide su autorización para usar sus casos en la página web o para informar a los donadores de la fundación, pero siempre siguiendo la política de no mostrar a los niños en alguna situación indigna o “desencajosa” (Alison Lane [directora general 1994-2006], entrevistada el 25 de mayo del 2006).

En este sentido, en el transcurso del trabajo de campo, se documentó un ejemplo del tipo de fotografías en las que participan los menores. El “modelo” fue uno de los niños de Casa JUCONI, al cual le iban ensuciando la mano artificialmente al tiempo le daban instrucciones para que la colocara en ademán de pedir dinero. La fotografía apareció por una temporada en la página de Internet de JUCONI (primavera del 2006) para ilustrar la campaña “una moneda puede ayudar más en el lugar correcto”, lo cual recuerda la campaña del DIF Municipal “no más monedas en cruceiro”, que también contaba con ilustraciones gráficas de menores extendiendo su mano llena de polvo y mugre para pedir dinero.

Finalmente, la directora general hizo referencia al carácter amarillista de los periodistas, los cuales hacen preguntas que pueden dañar al niño, sobretodo cuando quieren averiguar si salieron de su casa porque los golpearon o abusaron de ellos: “es

nuestra obligación proteger a estos niños, es la obligación de todos los adultos (...) la convención no prioriza derechos, pero el derecho a la protección es uno de los principales ahí o uno de los que llegan primero” (Alison Lane [directora general 1994-2006], entrevistada el 25 de mayo del 2006). Por esta razón, en lugar de entrevistar a los menores directamente, se revisaron cinco expedientes (en junio del 2006) elaborados por los educadores con lo que se pudo caracterizar —si bien superficialmente— parte de la población que recibe los servicios de este subprograma, así como sus antecedentes familiares y sus actividades en la calle. Desafortunadamente, su experiencia y opiniones acerca del subprograma no fueron documentadas, lo que ayuda a comprender, como mencionamos en la introducción a este capítulo, que los menores atendidos por JUCONI reflejan el carácter privado de la institución, así como su interpretación de la legislación que protege a estos menores.

En relación con lo anterior, Martínez Novo (2006) argumenta que es difícil realizar estudios en ámbitos como las organizaciones no gubernamentales, pues el acceso a ellos está mediado por aquellos con una cantidad relativa de poder, quienes pueden controlar el acceso a ellos (o, en este caso, a sus beneficiarios) y la manera en que son representados (Martínez Novo 2006:13). De esta manera, la prohibición de entrevistar a los beneficiarios directamente impidió evaluar el trabajo de JUCONI desde otra instancia (como la de la investigación), dejándonos únicamente con las opiniones de quienes laboran en la institución a nivel administrativo y operativo. Si bien JUCONI afirma ser transparente en cuestiones financieras (su estado financiero puede consultarse en su página de Internet) particularmente ante las agencias internacionales que les otorgan donaciones, esto no incluye el trabajo operativo y educativo.

Cada expediente contiene información sobre la entrada y el desempeño del menor en el programa, datos generales sobre su familia, las evaluaciones cognitivas y psicológicas que se le han aplicado, así como los documentos oficiales del menor (como acta de nacimiento o boletas de calificaciones). Hay que tener en mente que esta información fue recolectada a partir de los criterios e intereses de la Fundación JUCONI,

por lo que está orientada a comprender a los menores y sus familias en los términos que les permitan desarrollar sus programas con mayor eficacia; en este sentido, constituyen parte del discurso oficial de la fundación. La información que aparece entrecomillada es la que aparece tal cual en los expedientes, el resto fue parafraseada de los mismos. Por último, es importante señalar que la cantidad y calidad de la información de los expedientes varía en función del trabajo que se realiza con la familia o con otras personas que conocían al menor antes de su ingreso al programa. Por esta razón, la información contenida en algunos expedientes es más abundante que en otros.

César

César nació en Veracruz en 1993; sus padres se casaron jóvenes (cuando tenían 15 y 16 años) y, además de Cesar, tuvieron otras dos hijas. Tiempo después, los padres se separaron y el señor se volvió a casar, teniendo dos hijas más.

El padre trabajaba en una empaedora pero fue despedido debido a un recorte de personal; actualmente tiene un negocio informal de discos compactos y trabaja como eléctrico en una empresa que no le da prestaciones. Estudió la primaria y ha recibido varias capacitaciones; admitió ser violento “por presiones económicas”. Su actual esposa le ayuda en el negocio y se encarga de las labores domésticas, “asiste al IMSS pero no interactúa con la comunidad (...) sin embargo, conoce cuál es la función de las instituciones que están a su alrededor” (expediente de César, consultado en junio del 2006).

La primera esposa vive en Tijuana con una de sus hijas, trabaja en una maquiladora y le manda dinero a su madre para mantener a su otra hija, la cual tiene 14 años y estudia la secundaria. Con respecto a los abuelos, solamente se tiene información de que la abuela materna realiza actividades del campo. Actualmente, el padre y la madrastra de César viven en Huamantla, Tlaxcala.

César ingresó a Casa JUCONI a los diez años de edad, en mayo del 2003. Antes

de eso, vivió un tiempo con su abuela en Perote y, posteriormente, con unos tíos en la ciudad de México, pero estos lo regresaban con su abuela a raíz de su mal comportamiento. César también vivió en Ixtenco, Tlaxcala, en donde asistía a la escuela. Debido a que su abuela no lo trataba bien, César se fue a vivir con su padre. Sin embargo, se salía varias veces a la calle; cada vez que sucedía esto, su padre levantaba una denuncia. En un momento dado, César estuvo pidiendo dinero en la CAPU e ingresó al Centro de Observación y Readaptación Social para Menores Infractores del Estado de Puebla (CORSMIEP), “por protección”, donde fue contactado por Ernesto Portillo, el encargado de Operación Amistad de JUCONI.

En el documento que certifica la salida de César del CORSMIEP se asienta que este es entregado a Ernesto Portillo y, en la sección de “parentesco” se establece que la tutela del menor corresponde al “hogar sustituto Casa JUCONI” (expediente de César, consultado en junio del 2006). Actualmente, César sigue viviendo en Casa JUCONI y asiste a la escuela pública.

Nicolás

Nicolás es originario de Chiautla de Tapia, un municipio localizado en el suroeste del estado de Puebla. Nació en 1992 y fue contactado por JUCONI en el 2004 en el Consejo Tutelar, en donde ingresó por robo.

El padre vive en un rancho cerca del municipio de Auxtla, pasó siete años en el Centro de Rehabilitación Social de Chiautla de Tapia y no tiene contacto con sus hijos. Sobre su madre únicamente se sabe que falleció. Tiene un hermano mayor que vive en los Estados Unidos, otro que trabaja como vaquero en un rancho de Chiautla, una hermana casada que vive en Auxtla y un hermano que dejó de estudiar para trabajar como vaquero en el rancho de un vecino de su tía. El abuelo materno era campesino y la abuela se dedicaba a las labores del hogar.

Nicolás vivía con sus abuelos, iba a la escuela pero no sabía leer ni escribir; trabajó ayudando a un señor en una tienda, a cambio de lo cual recibía 200 pesos al

mes. A menudo deambulaba por las calles de Auxtla y se desplazaba a lugares cercanos con el grupo musical en el que trabajaba su cuñado. El presidente municipal de Auxtla solicitó su traslado a la ciudad de Puebla para “contenerlo; viendo que no había control de su familia y que era la única manera de ayudarlo y se corrigiera al camino del bien” (expediente de Nicolás, consultado en junio del 2006).

Actualmente, Nicolás estudia en Casa JUCONI y se evalúa la posibilidad de inscribirlo en el IEEA (Instituto Estatal de Educación Abierta). A pesar de que se realizan visitas familiares con frecuencia, los educadores recomiendan que, cuando termine su estancia en Casa JUCONI, Nicolás viva en la Casa de Jóvenes de la misma fundación.

Israel

Israel es originario de Rancho Nuevo, Orizaba. Su padre trabaja cortando madera y su madre se dedica a las labores del hogar. Tiene seis hermanos y tres hermanas; uno de los hermanos trabaja como chofer, otro ayuda al padre a cortar madera y otro más cuida el ganado de la familia. Con respecto a las hermanas, una de ella está casada y el resto aún son muy pequeñas.

Israel salió de su casa porque no quería cuidar el ganado ya que no le daba tiempo de jugar. Trabajó en la calle lavando coches y limpiando parabrisas, a cambio de lo cual recibía alrededor de 240 pesos al mes. Fue a la escuela en el DIF Municipal de Tehuacán, donde cursó hasta el segundo de primaria.

Fue contactado en el 2005 por solicitud del DIF de Tehuacán e ingresó a Casa JUCONI en junio del 2005, a los 11 años. En el documento del DIF se solicita apoyo “a favor del menor” para que ingrese al programa de la Fundación JUCONI y “continúe recibiendo los servicios de asistencia social correspondientes, ya que el menor de referencia cuenta con el perfil adecuado a los programas que por la noble labor de dicha asociación brinda a los niños con características de calle” (expediente de Israel, consultado en junio del 2006). En dicho documento también se establecía que Israel se encontraba en custodia provisional del Sistema DIF Estatal. Actualmente Israel continúa

en Casa JUCONI; no asiste a la escuela pública pero sí al apoyo escolar.

Daniel

Daniel fue contactado en la CAPU (donde se dedicaba a abrir taxis) e ingresó a Casa JUCONI en octubre de 2003, al segundo día de contactarlo “por el peligro que corría en la calle y por ser un niño inicial”. Originalmente, Daniel salió de su casa porque su madre le pegaba. En dos ocasiones, Daniel fue detenido por una patrulla: en la primera fue llevado al DIF Estatal en donde estuvo dos meses hasta que su madre lo sacó de ahí y, en la segunda, lo dejaron en el Dormitorio Municipal, de donde salió al día siguiente.

El expediente señala que “el niño nunca fue inscrito en la escuela porque no tenía acta de nacimiento y lo traía [la madre] trabajando en la calle y entiendo no tenía actividades acordes a su edad” (expediente de Daniel, consultado en junio del 2006). La madre biológica de Daniel era una prostituta y el padre un proxeneta, quienes llevaron a Daniel con una señora a los seis años para que se encargara de él. Esta señora se dedica al reciclaje y tiene un puesto en un mercado donde vende lo que recolecta en la semana; antes de ingresar a Casa JUCONI Daniel le ayudaba en esta tarea.

Daniel tiene una hermanastra que lo visita en Casa JUCONI: cuando estaba embarazada, la fundación la ayudó llevándola al doctor para que le dieran vitaminas. En el expediente se explica que, aunque Daniel tiene 13 años, emocionalmente su edad es de seis, por lo que “decidimos ayudarle poniéndole menos edad, por lo que ahora tiene 12 años (...) en su acta de nacimiento conseguida por nosotros porque no tenía” (expediente de Daniel, consultado en junio del 2006).

Al parecer, los educadores han tenido problemas con esta persona, pues en varias ocasiones se ha negado a regresar a Daniel a Casa JUCONI después de su visita familiar, argumentando que no tenía caso regresarlo, pues los de JUCONI no “arreglaban nada”. Actualmente, Daniel estudia en Casa JUCONI.

Octavio

Octavio nació en febrero de 1999 en San Martín Texmelucan y es el menor de cuatro hermanos. Su padre trabajaba como velador por las noches y, durante el día, como cuidador de coches en un restaurante de la ciudad de Puebla. En febrero del 2006 fue encarcelado por intentarse llevar a uno de los hermanastros de Octavio. El señor fue abandonado por su esposa a raíz de sus problemas con el alcohol, llevándose a sus hijos con ella, excepto a Octavio. Por esta razón, el DIF Municipal de San Martín Texmelucan le concedió al padre la custodia provisional del menor, hasta que la madre regresara.

El padre aprobó el ingreso de Octavio a JUCONI porque aceptó que no podía controlarlo y para mejorar su situación económica. También reconoció que cuando estaba borracho se desquitaba con el menor golpeándolo. El expediente señalaba que el señor y su última pareja “no tienen convivencia con su comunidad pero en el trabajo es apreciado” (expediente de Octavio, consultado en junio del 2006). No se conoce el paradero de su madre biológica ni de sus hermanos. Uno de los abuelos era chofer y su esposa era ama de casa.

Octavio cursó hasta tercero de kínder en una escuela donde las maestras se quejaban porque les pegaba a sus compañeros y porque un día mordió a una de ellas. A veces Octavio acompañaba a su padre al trabajo y otras se quedaba con su abuela, aunque esto no funcionó debido a que, en una ocasión, ella le partió un palo en la cabeza.

Fue contactado por JUCONI en febrero del 2005, a petición de una de sus maestras, a quien le preocupaba su situación familiar y sus problemas de conducta. Ingresó a Casa JUCONI un mes después y se contactó al padre para trabajar con él y “reafirmar sus sentimientos de protección hacia Octavio” (expediente de Octavio, consultado en junio del 2006).

Octavio fue el menor con el que tuve un poco más de contacto durante el trabajo

de campo, pues fue a quien me asignaron para trabajar de manera individual, ante las dificultades que presentaba para hacerlo con otros niños. Al menos durante parte del trabajo de campo, Octavio estaba viendo a un neurólogo para tratar sus problemas de agresividad con ayuda de medicamentos. La mayoría de las sesiones de trabajo se llevaban a cabo en una pequeña oficina ubicada en el segundo piso de la Casa JUCONI. Cada quince días tenía que entregar un reporte para dar cuenta del progreso de Octavio en las actividades como lectura, escritura y matemáticas.

En una de las sesiones mencionó que ya quería regresarse a vivir a su casa y, al preguntarle qué cosas haría estando allá, respondió: “me portaría bien”, “obedecería a mi papá”. Dijo que tal vez podría escaparse como otro menor que lo había hecho recientemente y pedir dinero a la gente para tomar sus camiones y llegar a su casa; incluso imaginó que yo podía ayudarlo llevándolo en el coche sin que nadie se diera cuenta. Esta idea de regresar con su padre era muy común durante las sesiones: siempre se imaginaba tomando el camión para ir a verlo.

Para finalizar este apartado, se presenta un caso obtenido de la página de Internet de JUCONI, conservando su redacción original. Al igual que los expedientes, esta información refleja las aspiraciones e intereses de la fundación y, por medio de este caso, busca transmitir una imagen de una lucha que conduce al éxito que JUCONI desea para todos sus egresados. Más aún, esta imagen cobra fuerza al haberse incluido en su página de Internet, con lo que no sólo se busca informar al público de las actividades que realiza la fundación, sino animarlo a realizar donaciones y naturalizar a los menores que viven en la calle como sujetos que necesitan de su mediación para participar exitosamente en la sociedad.

Es interesante mencionar que la información obtenida de los expedientes no difiere mucho de aquella de la página de Internet, lo que refleja una estandarización de las vidas vulnerables de estos menores, que resultan intercambiables entre sí. De esta manera, esta información no es suficiente para tener una idea a cerca de Octavio, Daniel o Israel como personas, sino como individuos cuyas vidas JUCONI construye y da forma

para resaltar los elementos que convengan a sus intereses. Si bien esta forma de presentar a los beneficiarios va un poco más allá de las estadísticas “frías” que plasman la realidad en términos numéricos, los expedientes transmiten una idea de las condiciones materiales y familiares de los beneficiarios, sin abordar las interpretaciones que los menores hacen de ellas ni de la atención que reciben en el programa.

Teodoro

“Teodoro nació en la ciudad de Huauchinango, Puebla, el tercero de nueve hermanos. Su familia vivía en la miseria absoluta y se desintegró hace siete años cuando su mamá los abandonó, quedando al cuidado de su padre, un albañil alcohólico.

“Teodoro conoció la calle a temprana edad, robando o pidiendo dinero. Más adelante, cuando salió a vivir en la calle, formó parte de una banda que robaba autopartes y en una ocasión, él y dos compañeros más fueron detenidos. Teodoro fue enviado al Consejo Tutelar para Menores Infractores. Allí fue contactado por JUCONI y después de participar en un programa educativo-terapéutico diseñado para motivarlo a querer dejar a la calle y construir una vida digna, ingresó a Casa JUCONI.

“Los primeros meses fueron muy difíciles para Teodoro. Tenía mucha pena de ser analfabeto y le costaba aceptar ayuda. Con el apoyo de nuestros educadores aprendió a leer y escribir y así pudo ingresar a la escuela y recuperar el rezago que tenía. Como parte de su tratamiento psicoterapéutico, JUCONI empezó a fomentar la comunicación entre Teo y su papá y hermanos. Tuvieron un primer reencuentro y la visita había parecido ser un éxito.

“Sin embargo, poco tiempo después Teo de nuevo empezó a rechazar la ayuda de JUCONI. Estaba viviendo una culpabilidad muy fuerte porque sentía que sus hermanas y hermanos no gozaban de las oportunidades que él tenía. Mientras él iba a la escuela y tenía el apoyo y cariño de JUCONI, sabía que ninguno de sus hermanos estaba asistiendo a la escuela o comiendo bien. Pero en cada momento, JUCONI estaba allí, redoblando sus esfuerzos para contenerlo y ayudarlo a seguir luchando. Algo particularmente importante para él –y que lo tranquilizó– fue cuando durante una nueva visita a su familia vio que JUCONI estaba trabajando con sus hermanos y su papá logrando convencer a este último de enviarlos, con el apoyo de JUCONI, a la escuela.

“Con el tiempo ayudamos a Teo a comprender que la mejor forma de ayudar a sus hermanos sería continuando sus estudios para dar un buen ejemplo y conseguir un buen empleo para poder apoyar económicamente a su familia. Cursando la secundaria se dio cuenta que le gustaba la cocina. Comenzó a trabajar como camarero en un hotel, para después conseguir el puesto de ayudante de cocina, todo gracias a su empeño. Más adelante, Teo solicitó al hotel en donde trabaja traspasarlo a Veracruz, donde ahora vive su familia para estar más cerca de ella y así podría visitarlos con más frecuencia y ayudar a sus hermanos con su tarea escolar.

“Hoy, seguimos en contacto con él y en nuestra más reciente visita, nos comentó acerca de sus planes de estudiar gastronomía una vez que termine la secundaria. El cambio en Teodoro es el resultado de nuestro método y demuestra que con apoyo

y atención altamente especializada y personalizada, estas niñas y niños pueden construir vidas dignas y productivas participando en nuestra sociedad” (Fundación JUCONI 2006c).

Esta historia, con diversas variantes, puede utilizarse para caracterizar a gran parte de la población de los menores que ingresan al subprograma, en donde, tras una breve alusión a la pobreza en la que se encuentra la familia, se atribuye la salida del menor de su casa a la violencia familiar. Posteriormente, el menor empieza a vivir en la calle y, eventualmente, es ingresado a algún centro de rehabilitación social, muchas veces por robo. Es ahí en donde el coordinador de trabajo en calle contacta al menor y, tras un par de meses de trabajo en conjunto, lo invita a ingresar a Casa JUCONI. Una vez ahí, comienza el arduo proceso de transformación, en donde los educadores ayudan al menor a regularizarse académicamente. A veces, este proceso se ve alterado por algún problema de naturaleza familiar, a partir de lo cual los educadores deben esforzarse más para ayudar al menor. Finalmente, consiguen que este comprenda y supere los problemas que lo llevaron a la calle y desarrolle planes a futuro para “integrarse” exitosamente a la sociedad.

A pesar de que los datos sobre la historia laboral de los padres de estos menores no son muy abundantes ni detallados, los casos presentados permiten entrever que la falta de un empleo bien remunerado constituye un elemento fundamental para explicar la presencia de menores que viven o trabajan en las calles. Si bien no existe una relación causa-efecto, es decir, aunque no todas las familias cuyos miembros carecen de empleos suficientemente remunerados “generan” “niños callejeros”, la gran mayoría de esos últimos presenta esa situación en el ámbito familiar. De esta manera, el ingreso obtenido en los trabajos de los familiares de estos menores (negocio informal de CDs, rancharo, cortador de madera, venta de material para reciclaje, velador, cuidador de coches, albañil, ama de casa, trabajo en maquiladora, albañil) no es suficiente para producir las condiciones materiales necesarias para decidir si desean alcanzar y reproducir el ideal de una familia y una niñez tal y como es definida por los valores cristianos y clasemedieros. Es importante puntualizar que la precariedad económica de

las familias está vinculada a los bajos salarios, la pérdida del poder adquisitivo y la erosión de la importancia económica de las actividades del sector primario en aquellos casos en donde la familia estaba involucrada en ellas. En todos los casos se trata de hijos de hogares proletarios con empleos redundantes y obsoletos.

Finalmente, otro punto importante es el papel de las agencias gubernamentales (e.g. el DIF, el Consejo Tutelar y el Centro de Observación y Readaptación Social para Menores Infractores, a nivel de la ciudad y el estado de Puebla) en regular y controlar a estos menores y sus familias, así como de transferir funciones a una organización como JUCONI. Estas agencias son quienes, después de determinar la incapacidad de los padres para cuidar y controlar a sus hijos, asumen la patria potestad de estos últimos, la cual puede otorgarse a otras instancias que sí tienen la capacidad de contener a estos menores. En este sentido, al asumir la tutela de los menores y conferirles elementos que acreditan su ciudadanía (como el acta de nacimiento), JUCONI surge como un facilitador de funciones gubernamentales.

Percepciones institucionales acerca de la población beneficiada

A modo de conocer las percepciones del personal que labora en JUCONI con respecto a los menores que trabajan o viven en las calles, se entrevistó a un total de nueve personas: los tres directores de la fundación hasta el 2006 (la directora general, el director operativo y el director educativo), el encargado de Operación Amistad, tres educadores “de base” de la Casa JUCONI y dos educadores vinculados a este subprograma. Para este efecto, se realizaron tres preguntas generales: cómo definían a un niño *de* la calle y a un niño *en* la calle, las razones por las que existía este tipo de población, y si pensaban que esto podía prevenirse y cómo.

El grupo de entrevistados estaba compuesto de individuos con las siguientes profesiones: tres psicólogos, un ingeniero civil, un licenciado en computación administrativa, un antropólogo, una licenciada en historia y enseñanza del inglés, una licenciada en ciencias políticas y un licenciado en educación física.

En general, las respuestas en torno al trabajo con los menores y el funcionamiento de los programas de la fundación fueron bastante homogéneas: la gran mayoría conocía bien los objetivos, la metodología y los alcances de la fundación. En siete de los nueve casos, los individuos ingresaron a JUCONI a partir de un amigo o conocido que ya había estado en la institución anteriormente o que trabajaba en la misma. En efecto, como afirmaba uno de los educadores, la mayoría de quienes trabajan en JUCONI han sido voluntarios o bien han realizado prácticas profesionales o su servicio social en la organización previo a entrar a trabajar en ella (cuatro de los nueve entrevistados), pues “resulta un poco más sencillo y práctico para la fundación que sea gente que ya nos conoce” (Albino Baltasar [educador 1997-actualmente], entrevistado el 3 de mayo del 2006). Esta práctica también se aplica cuando se abre una vacante al interior de la fundación, se da prioridad a alguien que ya trabaja en la misma y cuenta con los requisitos necesarios; esto sucedió en cinco de los nueve casos.

Por otra parte, todos los entrevistados afirmaron haber ingresado a JUCONI movidos por un deseo que puede calificarse como altruista, es decir, habían trabajado con población “vulnerable” anteriormente; en cuatro de los nueve casos desde una perspectiva religiosa. Un extracto de las entrevistas ilustra lo anterior: “[entré a este trabajo] por una inclinación social (vocacional), por tratar de romper con los círculos de pobreza y desigualdad que existen en México, porque la niñez constituye el futuro de las naciones ¿cómo poder hacer algo cuando tu niñez está viviendo y resolviendo sus necesidades primordiales en la calle?” (Jorge Villar [director educativo 1991-actualmente], entrevistado el 24 de mayo del 2006).

Además de este espíritu altruista, varios de los entrevistados mencionaron las condiciones laborales ofrecidas por la fundación como otra de las razones por las que habían ingresado a la misma: sueldos relativamente buenos (dependiendo del trabajo realizado y de la preparación académica), capacitación constante, así como las prestaciones para comprar una casa y el seguro social. En el caso del director operativo, inicialmente pensaba dedicarse a la ingeniería civil y “voluntariarle” un poco en JUCONI,

pero se dio cuenta de que podía hacer algo en JUCONI de manera profesional; “incluso” ha podido fundar una familia:

Porque también otra de las cosas que se daban mucho, no sé ahora, en este tipo de proyectos en los que estuve antes, pues era que era ‘de a grapas’ o prácticamente ‘por tus camiones’ y cosas así, entonces, hay mucha gente en este campo que empieza con todo el corazón a hacer las cosas pero que llega el día de las realidades en donde ya...pues no puedes vivir, entonces mucha gente acaba saliéndose, y yéndose a trabajar hasta de manejar taxis (...) con tal de vivir, y aunque siga teniendo esas intenciones de ayudar a los demás pues lo hace a ratitos, o hace cositas sueltas (...) Y Sarah y Gabriel tenían esa visión de profesionalizar un campo de desarrollo, concretamente el de niños en situación de calle (Ramón Guzmán [director operativo de JUCONI], entrevistado el 9 de marzo del 2006).

A pesar de las buenas intenciones y de las buenas condiciones laborales, cuatro de los nueve entrevistados afirmaron que el trabajo con los menores que atiende JUCONI es muy desgastante a nivel emocional, por lo que manifestaron su deseo de que la institución les brindara una manera de lidiar con este tipo de estrés.

¿Qué es un niño de/en la calle?

En esta pregunta, quienes distinguían entre niño de la calle y niño en la calle, utilizaron el criterio familiar como el marcador de la diferencia entre uno y otro. Por ejemplo, el coordinador de logística percibía las diferencias entre un niño de la calle y un niño en la calle en términos de las habilidades emocionales con las que cuentan las familias para enfrentar la pobreza:

Hay niños que pueden vivir en extrema pobreza, que pueden estar sufriendo maltrato, que las condiciones sociales en las que está su comunidad son muy difíciles, pero que tiene la familia herramientas emocionales desarrolladas que les permiten mantenerse unidos y no salen a la calle (...) los niños en la calle salen a trabajar dos, tres horas, regresan a su familia, tratan de hacerle frente a la problemática juntos y van saliendo poco a poco (José Francisco Margali [coordinador de logística 1997-actualmente], entrevistado el 15 de mayo del 2006).

Por su parte, el director educativo lo resumía escuetamente como sigue: “un niño de la calle es aquel que ha roto con sus vínculos familiares y palea sus necesidades básicas en la misma calle. Un niño en la calle es el que trabaja, regresa al hogar para contribuir a la economía del mismo” (Jorge Villar [director educativo 1991-actualmente],

entrevistado el 24 de mayo del 2006). Esto recuerda lo que Herrera Bautista mencionaba en torno a que la distinción entre niño *de* la calle y niño *en* la calle remite a pensar en una pobreza noble y otra vil (Herrera Bautista 2005:11). En el caso de la primera, el niño “en la calle” ennoblece su pobreza porque trabaja para sostener a su familia y todos luchan para salir adelante, mientras que la pobreza del niño “de la calle” es vil porque se encuentra desvinculado de su familia y, por esta razón, es más propenso a desarrollar vicios y conductas delictivas.

Dos educadores mencionaron, hablando específicamente de un menor que vive en la calle, la importancia de establecer redes con adultos para sobrevivir: “la gente les regala comida: que si el taquero, que si el microbusero, que si el señor del gas, el del refresco” (Nayeli Aparicio [encargada de apoyo escolar 2004-actualmente], entrevistada el 4 de mayo del 2006). Es interesante recordar aquí la noción del enfoque ecosistémico adoptado por la fundación como guía para medir la integración de los menores a la sociedad. Este enfoque implicaba construir una red de adultos alrededor del menor, adultos como los educadores, familiares y jefes scouts. Como menciona esta educadora, en la calle el menor también está integrado a una red de adultos, aunque la profesión de los mismos es distinta a la de los educadores (taquero, microbusero, el señor del gas o el del refresco), lo cual ayuda a problematizar la noción de que estos menores no están integrados “a la sociedad”. Retomaremos esta cuestión al final de este capítulo.

Finalmente, dos entrevistados hicieron referencia a la monstruosidad de estos menores, negando que esta existiera: “aprendí que estos niños no son los monstruos que mucha gente cree. Entonces (...) para mí son niños normales ¿no? y que necesitan el apoyo, y que necesitan una serie de cosas para poder salir adelante” (José Francisco Margali [coordinador de logística 1997-actualmente], entrevistado el 15 de mayo del 2006). Siguiendo esta misma línea, el director operativo señalaba que:

Son niños que están pegándole a otro, que están destruyendo el material, que están, este... escondiéndole a otro sus cosas para que se friegue. Ora sí, por decirlo bien feo: yo lo digo muchas veces y no lo digo de broma: yo no entendí lo

que significaba 'hijo de la chingada' hasta que conocí a estos niños. Digo, no en el mal plan (...) no es su culpa, es una reacción a una cosa gravísima que vivieron, entonces, su reacción es estar molestando, es estar chingando: necesitan generar caos (...) o sea no son monstruos, son personas muy dañadas que necesitan mucho trabajo para integrarlos nuevamente, este, funcionalmente en la sociedad (Ramón Guzmán [director operativo de JUCONI], entrevistado el 9 de marzo del 2006).

En esta pregunta también se pidió a los entrevistados explicar cómo se entiende a la niñez en general al interior de la fundación, es decir, a los menores que no viven o trabajan en la calle. En general, la mayoría señaló que JUCONI se apega a la definición de la Convención de los Derechos del Niño, según la cual un niño es todo menor de 18 años, que tiene necesidades especiales y que tiene el derecho a:

Ser respetado en su integridad física, emocional, intelectual y moral, que tiene derecho a jugar, a hacer actividades propias de una persona de su edad. Por eso es que un niño no debe trabajar porque, por más problemas económicos que tenga una familia, no es el momento para que un niño trabaje porque es tomar una responsabilidad de manutención que no le corresponde porque es la edad en la que están más aptos para aprender (Nayeli Aparicio [encargada de apoyo escolar 2004-actualmente], entrevistada el 4 de mayo del 2006).

El director operativo opinaba que las necesidades especiales de un menor estaban determinadas "por su grado de vulnerabilidad, no por ser niño. Pero en sí, la época de la niñez es para crecer, es para generar habilidades para la vida, creemos nosotros" (Ramón Guzmán [director operativo de JUCONI], entrevistado el 9 de marzo del 2006). Por el contrario, el director educativo planteaba que la niñez en sí era una "etapa del proceso humano de vulnerabilidad, que necesita del apoyo de los adultos para lograr un crecimiento y desarrollo adecuado" (Jorge Villar [director educativo 1991-actualmente], entrevistado el 24 de mayo del 2006).

Finalmente, la encargada de Casa JUCONI hizo alusión a una cuestión de integración familiar y limpieza: "es un niño que los papás lo orientan ¿verdad? que tiene una familia integrada (...) que está limpio, que anda limpio" (Bibiana Sánchez [encargada de Casa JUCONI 1999-actualmente], entrevistada el 12 de mayo del 2006). Esto recuerda la discusión en torno a la noción de limpieza señalada con anterioridad. A estas alturas ya se puede avanzar otra posible explicación del porqué en México no se

ha llegado a los extremos de aceptar que la violencia puede ser eliminada sirviéndose de más violencia, como es el caso de la limpieza en Colombia. En este sentido, la olla de presión en México aún no alcanza su punto máximo para acabar con la esperanza de que estos menores pueden ser transformados, dejando atrás su suciedad y monstruosidad. Esto debe quedar claro después de conocer los discursos del programa del DIF en torno a la posibilidad de que estos niños se “desmonstruen” o de la fe en que cambien con ayuda del “cambio intensivo” de los programas de JUCONI,

¿Por qué hay niños de/en la calle?

Las respuestas a esta pregunta dejaron ver que el personal que trabaja en JUCONI percibe la existencia de menores que viven o trabajan en la calle como una cuestión multifactorial, en donde la violencia familiar tiene un peso muy importante: “el fenómeno de los niños viviendo o trabajando en la calle es una manifestación de una puntita de un iceberg que es, sobretodo, la violencia intrafamiliar, la desorganización social, la pobreza” (Ramón Guzmán [director operativo de JUCONI], entrevistado el 9 de marzo del 2006). El director educativo citaba las siguientes causas: violencia familiar, empobrecimiento de los sistemas formales de educación, falta de planeación, migración constante, empobrecimiento de comunidades rurales, crecimiento desmedido-desorganizado de grandes ciudades, ambientes inseguros, y falta de una política social de desarrollo integral.

La pobreza fue mencionada varias veces, en particular como la causa de la violencia y la desintegración familiar; a veces como algo muy importante y otras como algo secundario: “pues es la familia, la ausencia del papá o la ausencia de la mamá, la presencia de un padrastro, el alcoholismo, la poca comunicación, *inclusive* la pobreza extrema, o simplemente porque el niño quiere aventurarse a algo (Ernesto Portillo [coordinador de trabajo en calle 1996-actualmente], entrevistado el 19 de mayo del 2006; las cursivas son nuestras). Por su parte, el director operativo señalaba que:

Los niños que viven en la calle se van a la calle porque están huyendo sobretodo de abusos graves o de desatención grave porque sus familias están en un alto grado de desintegración o de disfunción porque hay una pobreza profunda, porque hay una carencia educativa profunda (...) entonces las condiciones bajo las que viven estas personas de muchas presiones, de muchos problemas, de mucha miseria, de hacinamiento pues provocan una serie de tensiones al interior de las familias que provocan la violencia intrafamiliar (Ramón Guzmán [director operativo de JUCONI], entrevistado el 9 de marzo del 2006).

La violencia familiar se percibía como algo “crónico”, en el sentido de que esta se transmitía de una generación a otra, lo que a veces se calificaba como algo cultural, obscureciendo las determinantes económicas que impulsan dicha violencia:

Hay violencia en su vida porque yo creo que su misma frustración de los padres de no saber qué hacer ¿no? y porque también, a parte, les viene de herencia, culturalmente (...) entonces, obviamente, cuando los papás están frustrados porque, económicamente les va de la fregada o porque el marido se emborracha o porque la señora anda de prostituta, no sé, (...) ¿qué pasa? Pues los padres se desquitan con lo primero que encuentran, con lo más débil que hay a su alrededor ¿qué es lo más débil? Pues sus hijos, que son pequeños y que los pueden golpear (Bibiana Sánchez [encargada de Casa JUCONI 1999-actualmente], entrevistada el 12 de mayo del 2006).

Muchos de lo papás y las mamás que tenemos tratan a sus hijos así porque así fueron tratados. O sea, muchos no salen de la pobreza porque toda la vida han sido pobres y sus familias también fueron pobres y sus abuelos también fueron pobres y no hay una educación, no hay elementos que les permita aprender una vida diferente (José Francisco Margalí [coordinador de logística 1997-actualmente], entrevistado el 15 de mayo del 2006).

Con respecto a los niños que trabajan en calle, la percepción general fue de que lo hacían para contribuir económicamente con su familia, pues esta se convertía en una “organización para la supervivencia” (en palabras del director operativo) y en la calle encontraban una buena fuente de ingresos:

Nosotros cuando empezamos el programa para niños (...) estábamos pensando hace 10, 15 años que eran niños explotados, que los mandaba a trabajar el papá mientras él estaba viendo la tele, tomando su cervecita, cosas así. Este, ya luego entendimos al conocer a esas familias, que son familias que no van a sobrevivir si no participan todos en el ingreso de alguna manera (Germán de la Luz [educador de fin de semana 2000-actualmente], entrevistado el 7 de mayo del 2006).

Otro grupo de respuestas hacía alusión a que los niños que trabajan y viven en la calle tenían que ver con una cuestión social y política, aunque desde perspectivas diferentes. Por un lado, se culpaba a “la sociedad, pero principalmente a los políticos” por no generar suficientes oportunidades de trabajo, de atención a la salud, entre otras

cosas, lo que daba paso a la desintegración familiar (Albino Baltasar [educador 1997-actualmente], entrevistado el 3 de mayo del 2006). Por otro lado, se pensaba que “la sociedad” no originaba niños de la calle, por lo que la solución no era dejar de darles dinero a esos menores. Más bien, se trataba de problemas económicos y de “una situación cultural que se vive en estos manejos del poder. O sea, ‘yo soy autoridad, yo soy tu padre y haces lo que yo te diga’” (Nayeli Aparicio [encargada de apoyo escolar 2004-actualmente], entrevistada el 4 de mayo del 2006).

En un par de entrevistas se mencionaron los embarazos jóvenes y la falta de planificación familiar como factores que propician el descuido de los hijos:

Lo que sucede es que se casan jóvenes, o se embarazan jóvenes, lo que tú quieras y tienen que trabajar, descuidan a sus hijos, entonces sus hijos, en este abandono de los padres, pues empiezan a vivir en la calle o a andar en la calle, medio trabajan también ellos de cualquier cosa o se empiezan a drogar... (Bibiana Sánchez [encargada de Casa JUCONI 1999-actualmente], entrevistada el 12 de mayo del 2006).

¿Se puede “prevenir” que haya niños de/en la calle?

Todos los entrevistados coincidieron que sí es posible prevenir que exista esta población, mediante el trabajo con los hermanos menores de quienes ya están en las calles o en los mercados, así como a través del Centro de Apoyo Técnico (CAT). Sin embargo, el director educativo señalaba que “desafortunadamente, el problema es más grande que JUCONI, y la falta de una política social de desarrollo nacional, provoca que constantemente tengamos situaciones problemáticas muy avanzadas” (Jorge Villar [director educativo 1991-actualmente], entrevistado el 24 de mayo del 2006).

En este sentido, el director operativo relataba lo siguiente, haciendo alusión a que uno de los obstáculos para eliminar el problema eran los altos sueldos de los empresarios y los trabajadores de gobierno:

Alguien nos dijo alguna vez: “pues sí, deberían de encarcelar a los papás”. Pero yo te voy a decir una cosa: los papás fueron niños y vivieron lo mismo que estos niños, entonces ¿a quién vamos a encarcelar? A los abuelos... no. Según yo entiendo, eh, la región más injusta del mundo es América Latina, por ejemplo, África está mucho más fregado, pero la diferencia entre el más rico y el más pobre, no es tan grave como aquí ¿no? donde tienes a Slim que es el tercer hombre más

rico del mundo (...) México tiene los recursos, además es la décima economía mundial... todo es sacárselos a Slim, todo es sacárselos a los gobiernos, a los sueldos de los senadores y de los diputados y de hasta los presidentes (Ramón Guzmán [director operativo de JUCONI], entrevistado el 9 de marzo del 2006).

El trabajo con los hermanos más pequeños surgió de la experiencia que fue acumulando JUCONI a lo largo del tiempo, en donde llegaron a la siguiente conclusión, la cual se presenta aquí de forma esquemática: una comunidad de bajos ingresos + una familia de bajos ingresos con educación muy limitada dentro de esa comunidad sufriendo de algún tipo de problema interno serio (violencia, alcohol, enfermedad física o muerte de uno de los padres) + algunas características del niño o niña que lo o la hace particularmente vulnerable a un mal trato o deseando de manera particular irse de casa = niño sale a trabajar o vivir en la calle. Este es el patrón que observaron y, a partir del mismo, decidieron enfocar el trabajo preventivo en los hermanos menores, pues “es muy probable que si un padre ha permitido u obligado a un niño a trabajar en la calle, los otros niños estén en riesgo” (Thomas de Benítez 2001:45-46).

Es importante comentar que este patrón revela únicamente una parte del problema, al no profundizar en las causas de han generado “comunidades de bajos ingresos”. Por esta razón, el trabajo de JUCONI consiste en ir colocando parches que difícilmente modifican las condiciones de pobreza y miseria que producen estos cuadros. Si bien esta crítica es reconocida por el director operativo de la fundación, el componente asistencialista de los programas de JUCONI en la práctica es mucho más fuerte que el que generalmente se reconoce. Regresaremos a esto en el capítulo siete.

Otra de las medidas preventivas mencionadas fue el trabajo que se realiza en el programa de “niño trabajador de mercado”, pues ahí se enfocan en una comunidad expulsora de niños que trabajan en las calles. El director operativo pensaba que, si los recursos del DIF nacional, estatal y municipal se orientaran a crear más centros como el Centro de Atención JUCONI “que no fueran asistenciales”, los niños trabajadores desaparecerían paulatinamente. Por otra parte, una de las educadoras mencionó dentro de las medidas preventivas, “hacer un esfuerzo para que ellos comprendan su situación

y acepten lo que les ha tocado vivir y tratar de perdonar y sanar algunas heridas en la medida de lo posible” (Nayeli Aparicio [encargada de apoyo escolar 2004-actualmente], entrevistada el 4 de mayo del 2006), con lo que se aboga por la internalización de las circunstancias que los llevaron a vivir o trabajar en la calle, y no por su cuestionamiento.

Finalmente, las referencias a cuestiones estructurales no fueron muy frecuentes; el coordinador de logística fue uno de los pocos en señalar algo al respecto: “yo creo que se necesitan cambios estructurales a nivel de política, gobierno, economía y, este, y a nivel del país para que este tipo de niños no se estén presentando” (José Francisco Margali [coordinador de logística 1997-actualmente], entrevistado el 15 de mayo del 2006). Indudablemente, para JUCONI la prevención es uno de los elementos clave en sus programas, pues, como mencionaba Sarah Thomas de Benítez, la prevención debería de ser más barata tanto para los niños (en el sentido de que les “ahorra” las experiencias negativas propias de la vida en la calle) como para la sociedad (puesto que se disminuye el costo humano y financiero de los servicios de desarrollo intensivos para estos niños). En este entendimiento, las medidas preventivas “no deben verse como causas caritativas sino como inversiones críticas en los niños y en la sociedad” (Thomas de Benítez 2001:43).

Recapitulando

La Fundación JUCONI debe entenderse como una iniciativa impulsada por la embajada británica en México (quien se encargó de canalizar las buenas intenciones de dos individuos británicos que ganaron la lotería), y dos ONGs poblanas que trabajaban con niños que vivían o trabajaban en las calles, así como una combinación de eventos a nivel internacional, nacional. En este sentido, JUCONI forma parte del mundo asociativo agrupado en el Tercer Sector, pues está inmersa en una red de organizaciones, empresas y dependencias gubernamentales que le permiten obtener su financiamiento, compartir su metodología de trabajo e incluso iniciar procesos de cabildeo en materias

que conciernen a la población de menores en situación de calle. La pertenencia a esta red que vincula a la fundación con el gobierno y las empresas responde a una idea de que una sociedad que funciona correctamente es aquella en donde los tres sectores (gobierno, empresas, tercer sector) tienen tareas bien definidas.

Es importante señalar que la historia de la Fundación JUCONI — independientemente si esta es cierta o no— refleja claramente la relación entre metrópoli y periferia, sus poblaciones y las formas virtuosas de relacionarse, así como los elementos narrativos de la caridad. En este sentido, los individuos cuya solvencia financiera les permitió participar en el turismo internacional de playa en países tercermundistas eran originarios de Reino Unido, uno de los países más importantes en términos de “ayuda” internacional, destinada particularmente hacia muchas de sus antiguas colonias. Las rutas que siguen los flujos de dicha “ayuda” evidencian la vigencia de una relación colonial contemporánea, en donde los verdaderos compromisos políticos entre naciones (e.g. en términos del flujo de capital o de personas) son desplazados a favor de donaciones financieras en nombre de la caridad (aunque ya no desde una esfera puramente religiosa) y el altruismo. De esa manera, los dos británicos que ganaron la lotería no solo eran consumidores de la belleza de las playas de Cancún, sino también de la pobreza que recorría sus playas en la forma de menores de tez morena vendiendo su mercancía a los turistas, frente a los cuales decidieron actuar de manera desprendida, caritativa y filantrópica. De esta manera, en el relato fundacional de JUCONI, ambos surgen como personajes heroicos, si bien ya no vistiendo sotanas, sino trajes de baño y lentes para sol, obscureciendo el hecho de que, en realidad, son individuos que han reproducido exitosamente los entretijos de una relación colonial moderna bajo el discurso de la “ayuda” y la asistencia.

En sus inicios, el enfoque de la fundación estaba orientado únicamente a la atención del menor en situación de calle; posteriormente, también decidieron brindar sus servicios a las familias de estos, especialmente a los hermanos menores para prevenir que estos salieran a trabajar o vivir en las calles. A pesar de estos cambios, el

trabajo de JUCONI ha permanecido estable a lo largo de sus 18 años de existencia, como lo evidencia la permanencia en la fundación de dos directivos y la actual coordinadora de voluntarios, quienes fueron miembros del equipo original de trabajo.

Los programas de la fundación están orientados, fundamentalmente, a reintegrar al menor a su familia y a la sociedad en general, tomando como marco la Convención sobre los Derechos del Niño, abarcando a los menores que trabajan en las calles o en los mercados y a aquellos que viven en las calles. Estos últimos son atendidos por el subprograma “niño de la calle”, en donde los menores habitan en la Casa JUCONI. Este subprograma constituye un espacio en donde se condensa la misión y los objetivos de la fundación: otorgar al menor los servicios necesarios para lograr su reintegración familiar y social. Estos servicios, además de cubrir las necesidades básicas de alimentación, vivienda, vestido, salud y educación, están orientados a desarrollar, en palabras de una educadora, “un estómago emocional” que le permita al menor comprender y aceptar las situaciones que ha vivido a raíz de su estancia en la calle así como las condiciones que lo llevaron a ello.

El trabajo en Casa JUCONI permitió ver —si bien superficialmente— cómo es la vida de un niño que vivía en la calle y que es sometido a un proceso de transformación que busca reintegrarlo a su familia y a la sociedad. En este sentido, la estructura de Casa JUCONI no difiere mucho de una casa en donde habita una familia de clase media en donde se esté educando a un menor para su vida futura. De esta manera, el menor experimenta una dinámica en donde puede comer tres veces al día, dormir en camas individuales, recibir una formación educativa, ver la televisión, aprender a contribuir con las tareas domésticas, descansar los fines de semana, y, en algunos casos, aprender algo sobre “cultura laboral” en un taller productivo. Todas estas actividades estaban enmarcadas en horarios bien definidos. Además de esto, el menor recibe sesiones de terapia orientadas a desarrollar el “estómago emocional” mencionado líneas arriba, de manera que acepte y asimile los traumas generados a raíz de su salida de casa y su vida en la calle para poder ser reincorporado a la sociedad.

Esta última parte es uno de los aspectos más importantes del subprograma y de la Fundación JUCONI en general. Como se mencionó en los capítulos anteriores, la noción de reintegración obscurece los vínculos reales que estos menores y sus familias establecen con el resto de la sociedad en tanto elementos del ejército industrial de reserva desechable. Más aún, la “reincorporación a la sociedad” que ofrece JUCONI es la de individuos que han aprendido a naturalizar las causas de la pobreza que los llevó a trabajar o vivir en la calle. Esta “reincorporación”, por supuesto, no puede ser posible sin la mediación de JUCONI, cuyos programas —al menos el que fue analizado aquí— los preparan para interpretar los orígenes de su pobreza como algo psicológico e individual. El enfoque en las cuestiones psicológicas e individuales se encuentra plenamente justificado (al menos a nivel directivo) en el hecho de que, si bien los menores en situación de calle son “síntomas” de un problema estructural mucho mayor, estos síntomas son vidas, y la Fundación JUCONI se propone ocuparse de ellas para que no se pierdan.

Por otra parte, es importante reflexionar a qué tipo de sociedad incorpora JUCONI a sus beneficiarios. En este sentido, el director operativo ilustraba el éxito del subprograma “niño de la calle” haciendo referencia a que uno de los graduados del mismo se fue de “mojado” a trabajar como jardinero a los Estados Unidos. De acuerdo con los objetivos y la misión de la fundación, esto realmente sería considerado un éxito, pues esta persona ahora está integrada en la sociedad, si bien no en el escalafón que ocupan muchos de quienes laboran en JUCONI, sino en tanto parte del ejército industrial de reserva desechable. En efecto, en la mayoría de los discursos del personal de JUCONI que fue entrevistado, no se plantea que sus beneficiarios logren una movilidad social real, sino que se integren en los trabajos socialmente aceptados para el proletariado urbano desechable. De esta manera, el “*mainstream*” al que Thomas de Benítez hace referencia no sería el de los valores de la clase media, sino aquel representado por el proletariado que acabamos de mencionar.

En relación a esto, el Subcomandante Marcos (2006) durante su gira de la otra

campaña en febrero del 2006, hizo un llamado a hacer pequeñas grietas en el muro del capitalismo, las cuales, en la medida en que fueran acumulándose, terminarían por derribar el muro. Lo que parece estar haciendo JUCONI es equipar a sus beneficiarios no sólo para tapar esas grietas en sentido figurado (trabajando para que los menores comprendan su situación, acepten lo que les ha tocado vivir y traten de perdonar y sanar algunas heridas en la medida de lo posible, como decía una educadora) sino para encontrar las grietas reales que les permitan atravesar el muro que separa a México de los Estados Unidos, aplaudiendo que sus beneficiarios sean parte de los “mojados” que día a día se ven obligados a franquearlo.

En este sentido, a pesar de que JUCONI rechaza autodefinirse como una organización asistencial, al no cuestionar la jerarquía de clases existente ni las causas estructurales que la generan, cumplen con una de las máximas de la asistencia misma: ayudar a mejorar las condiciones de vida de los asistidos sin atacar las causas de los problemas directamente. La comparación que el director operativo establecía entre el trabajo de MANTHOC (Movimiento de Adolescentes y Niños Trabajadores Hijos de Obreros Cristianos) en Perú y el de JUCONI ilustra muy bien lo anterior:

Ellos tienen un concepto muy opuesto al que nosotros tenemos: ellos fomentan el trabajo infantil. Y lo fomentan de una manera organizada y organizada de una manera política. Entonces, si tu vas con los mantoques; los niños te dan un discurso político: “sí, somos niños obreros, trabajadores que estamos luchando por los derechos laborales”, no sé cuánto, entonces se echan algunos choritos ahí que parece que estás en un sindicato, y entonces están luchando por su derecho al trabajo y al ingreso y una serie de cosas así. Y es una lucha que ellos mantienen, política y social: ellos hablan de que empoderan a los niños. Entonces, nosotros, en ese sentido, disentimos; o sea decimos, bueno, nosotros creemos que los estamos empoderando en el sentido que les estamos dando herramientas para la vida, habilidades para la vida que parte desde la integración de su familia. Pero no te voy a capacitar para que te organices en un sindicato de niños de la calle [ni] para que vayas y te manifiestes frente a (...) casa aguayo y logres mejores condiciones de vida; o sea, no va por ahí (Ramón Guzmán [director operativo de JUCONI], entrevistado el 9 de marzo del 2006).

Lo destacable y relevante es que, a los ojos de los donadores, y colaboradores de JUCONI, así como de algunos académicos, funcionarios gubernamentales, y gran parte del público en general, JUCONI aparece como la mejor opción para los menores que

viven o trabajan en las calles. Esto se ve reflejado en el entusiasmo con el que el público participa en los bazares, las donaciones y los redondeos organizados en beneficio de la fundación. En efecto, incluso durante la presente investigación (y en particular después de haber trabajado como voluntaria en el programa del DIF Municipal) en numerosas ocasiones las acciones y estrategias de JUCONI parecían realmente ventajosas y apropiadas para los menores. Más aún, las personas que trabajaban en la organización realmente estaban comprometidas y preparadas para brindarles a sus beneficiarios todo aquello que les proponían a nivel discursivo. Esto es importante, ya que, desde este punto de vista, JUCONI se vuelve casi impermeable a las críticas, lo que dificulta analizar sus alcances y limitaciones de manera crítica.

Sin embargo, es precisamente este sentimiento el que debe problematizarse. Como se expuso en el capítulo sobre la asistencia social y el Tercer Sector, este último se ha dotado de una cierta aura de bondad y entrega desinteresada. Tal vez esto se deba a que, ante la ubicuidad y violencia de los estragos causados por el fracaso de las políticas neoliberales, y frente a la incapacidad del “mercado” y los gobiernos para hacerles frente, resultaría (para aquellos que se niegan a mostrarse insensibles ante aquellos estragos) insoportable pensar que nada puede hacerse. Por esta razón es que es tan fácil aceptar y participar en iniciativas impulsadas desde un sector que, al menos a nivel discursivo, no busca la acumulación del capital ni el poder político. Por otra parte, se han descartado las formas capaces de movilizar a grandes segmentos de la población para lograr un cambio de fondo, y lo que estaría en juego para lograr ese cambio aún resulta impensable para muchos.

De esta manera, el gran éxito de JUCONI se da a nivel ideológico, en donde el problema de los menores que viven o trabajan en las calles se despolitiza y naturaliza a tal punto que irse de “mojado” a los Estados Unidos se acepta como la mejor opción de vida para los graduados de los programas de la fundación. Este es el tipo de hegemonía que JUCONI, desde el tercer sector, afirma delicada e imperceptiblemente en la forma en que se entiende y actúa sobre los menores en situación de calle.